

ISSN: 0327-5876

NEWMANIANA

AÑO XXVI - NÚMERO 68

OCTUBRE 2016

Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXVI - N° 68
Octubre 2016

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

NOTICIAS

- Queremos fundar un *Newman Center* 2

ESPIRITUALIDAD

- *Novena al beato John Henry Newman*..... 3

SERMÓN

- *La mejor parte* 9

POESÍA

- Detrás del velo 18

ARTÍCULO

- ¿No son actuales los principios de Newman? 19

DOS SERMONES CATÓLICOS

- Administradores y también hijos de Dios 31
- La infidelidad del futuro..... 36

CARTAS

- Sobre la enseñanza de la religión
y de la moral por tradición 43

ESPIRITUALIDAD

- Letanías de los Siete Dolores de la Virgen María..... 46
- Letanías del Inmaculado Corazón de María 47

QUEREMOS FUNDAR UN *NEWMAN CENTER*



Historia anterior:

La *Asociación Amigos de Newman*, fundada en 1990, ha cumplido 25 años de existencia el año pasado. La misma larga historia tiene nuestra publicación "NEWMANIANA". Tenemos nuestra página web. Hemos organizado varios congresos y encuentros en el país y participado de congresos en el extranjero. Somos hoy referente en América latina en lo que concierne al estudio y difusión de la vida y pensamiento del beato John Henry Newman. Hemos cultivado los vínculos con otras *Sociedades de Amigos de Newman* en Europa y Estados Unidos.

Una idea vieja: tener un lugar físico.

Como toda familia, parroquia, convento, colegio, empresa, comercio, o instituciones varias, necesitamos una sede, un "hogar" en el sentido que Newman daba a este término. Necesitamos un "Centro" visible, ubicable, una referencia real para todo el país y para el extranjero. Un "lugar" desde donde podamos difundir mejor a Newman, su vida, su pensamiento, su espiritualidad. Donde pueda vivirse de modo personal su lema: *Cor ad Cor loquitur*, el corazón habla al corazón. Es decir:

Un Newman Center

Es un nombre universalmente usado y reconocido. En Estados Unidos está vinculado a muchísimas universidades estatales, donde funciona la capellanía católica de las mismas. En Europa está vinculado a la *Congregación del Oratorio* en sus diversas casas, y a las sedes de *Amigos de Newman*, como el "International Center of Newman's Friends" de Roma, y otros centros similares. No existe ninguno en la América de habla hispana y portuguesa.

Qué tiene el Newman Center

Estará la biblioteca de consulta, con las obras de Newman y sobre Newman. Será la sede de la revista "NEWMANIANA". También habrá folletos y estampas, y todo lo relacionado con la difusión newmaniana.

Será la sede de conferencias, cursos y encuentros.
Podrá tener un pequeño oratorio como lugar de oración.

Es una obra que garantiza continuidad.

Vinculará institucionalmente a sacerdotes y laicos. Estará avalada por la “Fundación de Amigos de Newman en Argentina”.

No es un punto de partida sino un punto de llegada.

Newman es una figura de la Iglesia universal, ya conocida. La difusión ya comenzó aquí hace 25 años, y en el mundo hace más de un siglo. La importancia y eficacia de la presencia del *Center* viene precedida por una historia anterior.

La ocasión es providencial.

Se acerca la canonización del beato John Henry Newman. Parece muy probable que sea el próximo año 2017. La causa está muy adelantada, y el milagro, ocurrido en Chicago, está siendo analizado en Roma. Nuestro *Newman Center* sería una obra proporcionada y apropiada a un acontecimiento tan importante para toda la Iglesia universal. Haría mucho bien en nuestro medio.

Esperamos su respuesta amistosa y su oración

COR AD COR LOQUITUR

Para pedir por esta intención (y otras) recemos la siguiente oración,
que podemos repetir como oración diaria durante la novena al
beato John H. Newman.



Padre eterno, Tú llevaste al beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de Tu verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención:

[pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Novena al beato John Henry Newman

Durante los nueve días sugerimos los actos siguientes:

1. Señal de la cruz
2. Lectura y reflexión del texto escrito por Newman
3. Padre Nuestro, Ave María y Gloria
4. Finalizar con la oración de la página anterior.

Día primero

Esto es ser uno de los pequeños de Cristo: dejarse penetrar de Su presencia para que sea nuestra vida, nuestra fuerza, nuestro mérito, nuestra esperanza, nuestra corona; llegar a ser de un modo admirable Sus miembros, los instrumentos o la forma visible, o el signo sacramental del Invisible y siempre presente Hijo de Dios, que místicamente reitera en cada uno de nosotros los actos de Su vida terrenal, Su nacimiento, consagración, ayuno, tentación, conflictos, victorias, sufrimientos, agonía pasión, muerte, resurrección y ascensión. Siendo Él todo en todos, aunque podamos tan poco por nosotros mismos, y tengamos tan escaso valor y mérito como el agua en el bautismo o el pan y el vino en la sagrada eucaristía, sin embargo, somos fuertes en el Señor y en el poder de Su fuerza. (*Plain and Parochial Sermons*, VI, 1)

Día segundo

Cuando confesamos a Dios sólo como Omnipotente, le conocemos en parte, pues Él es una Omnipotencia que puede al mismo tiempo envolverse en debilidad y llegar a ser cautivo de Sus propias creaturas. Tiene, si puedo hablar así, el incomprensible poder de hacerse incluso débil. Debemos conocerlo por Sus nombres, Emmanuel y Jesús, para conocerlo perfectamente... Ruboricémonos de nuestro orgullo y voluntad propia. Pongamos atención acerca de nuestra impaciencia a las providencias de Dios hacia nosotros, de nuestros anhelos caprichosos tras lo que no puede ser, de nuestros esfuerzos testarudos para revertir Sus justos decretos, de nuestros conflictos con las duras necesidades que nos cercan, de nuestra irritación por la ignorancia o el suspenso acerca de Su voluntad, de nuestra feroz y apasionada testarudez cuando vemos esa voluntad tan claramente, de nuestro deprecio arrogante de Sus mandatos, de nuestra determinación a hacer las cosas sin Él, de preferir nuestra razón a Su palabra, de las muchas, muchas formas en que el viejo Adán se muestra, y una u otra que nuestra conciencia nos dice que es propia. Y recémosle a Él, que es independiente de todos nosotros, pero que se hizo nuestro compañero y nuestro siervo, para que nos enseñe nuestro lugar en Su vasto universo, y nos haga ambiciosos solamente de esa gracia aquí y de esa gloria futura que Él nos ha adquirido con Su propia humillación. (*Sermons preached in Various Occasions*, VI)

Día tercero

Debe recordarse que las ocupaciones de este mundo, aunque no son celestiales en sí mismas son, después de todo, el camino hacia el cielo, y aunque no son el fruto son la semilla de la inmortalidad, y aunque no son valiosas en sí mismas lo son por aquello a lo que conducen. Pero es difícil darse cuenta de esto. Es difícil darse cuenta de ambas verdades a la vez, y conectarlas, contemplando fijamente la vida futura pero actuando en esta... Mientras Adán fue sentenciado a trabajar como un castigo, Cristo con su venida lo ha santificado como un medio de gracia y un sacrificio de acción de gracias, un sacrificio para ser ofrecido alegremente al Padre en Su nombre... Es muy difícil conducirse entre los dos males: usar este mundo sin abusar de él, ser activo y diligente en los negocios de este mundo pero no por el mundo sino por Dios... ¡Quiera Dios darnos la gracia en nuestras diversas esferas y puestos para hacer Su voluntad y embellecer Su doctrina, que ya comamos o bebamos, que ayunemos o recemos, que trabajemos con nuestras manos o con nuestras mentes, que estemos de camino o permanezcamos en reposo, podamos glorificar a Aquel que nos ha comprado con Su propia sangre! (*Parochial and Plain Sermons* VIII, 11)

Día cuarto

Nosotros estamos acostumbrados a decir que nada está hecho a menos que todo esté hecho. Pero los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni sus caminos los nuestros... Estemos ciertos que aunque sean muy grandes los desórdenes de la época presente, y aunque los incrédulos buscan y no encuentran, el Señor Dios de Elías aún se revela a Sí mismo al humilde, al serio de pensamiento y puro de corazón. La presencia de Cristo está aún entre nosotros, a pesar de nuestros muchos pecados y de los pecados de nuestro pueblo. “El espíritu y el poder de Elías” debe ahora estar especialmente con nosotros, pues las señales de su época están entre nosotros... ¿Qué otra cosa necesitamos sino fe en nuestra Iglesia? Con fe podemos hacer todo, sin fe, nada. Si tenemos una duda secreta acerca de ella, todo está perdido, perdemos nuestro ánimo, nuestro poder, nuestra posición, nuestra esperanza. Un frío abatimiento y enfermedad de mente, una tacañería y displicencia de espíritu, una cobardía y una pereza, nos envuelve, nos penetra, nos sofoca. Que no sea así con nosotros. Seamos de buen corazón, aceptemos la Iglesia como el don de Dios y nuestra dote. Imitemos a Eliseo, que cuando “iba por la orilla del Jordán... tomó el manto que se le había caído a Elías, y golpeó las aguas, diciendo, ‘¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?’ (2 Re 2, 13-14). La Iglesia es como el manto de Elías, una reliquia de Aquel que ascendió a lo alto. (*Sermons bearing on subjects of the day*, XXIV)

Día quinto

Nuestro deber como cristianos reside en correr riesgos por la vida eterna sin la certeza absoluta de tener éxito. El éxito y la recompensa eterna la tendrán los que perseveren hasta el fin... Este es el verdadero significado de la palabra “riesgo”, pues sería un riesgo extraño el que no tuviera nada de temor, aventura, peligro, ansiedad o incertidumbre. Así es de incierto, y en esto consiste la excelencia y la nobleza de la fe. La verdadera razón por la cual la fe se distingue de las otras gracias y es honrada como el medio especial de nuestra justificación es que su presencia implica que tenemos el corazón para arriesgar... Si la fe es, entonces, la esencia de una vida cristiana, y si es lo que ahora he descrito, se sigue que nuestro deber reside en arriesgar lo que tenemos por lo que no tenemos, fundados en la palabra de Cristo. Y tenemos que hacerlo de modo noble, generoso, no con imprudencia o ligereza, sin saber con exactitud lo que estamos haciendo ni a qué renunciaremos, ni tampoco lo que ganaremos,

sino inciertos acerca de nuestra recompensa, del alcance de nuestro sacrificio, apoyados en Cristo en todo sentido, esperando en El, confiando en que cumplirá Su promesa y nos hará capaces de cumplir nuestros propios compromisos, y procediendo así en todo sin preocupación o ansiedad por el futuro... Arriesgamos nuestra propiedad en planes que prometen ganancia, confiamos en proyectos y tenemos fe en ellos. ¿Qué hemos arriesgado por Cristo? ¿Qué le hemos dado por creer en Su promesa? (*Plain and Parochial Sermons*, IV,20)

Día sexto

La pregunta es: “¿Por qué no apareció nuestro Salvador después de Su resurrección a todo el pueblo sino solo a testigos elegidos por Dios?”. Y esta es mi respuesta: “Porque era el medio más efectivo de propagar Su religión en el mundo”... Ciertamente es una característica general del proceder de Su providencia hacer que los pocos sean los canales de Sus bendiciones para los muchos... Es evidente que cada gran cambio está llevado a cabo por pocos, no por muchos, por unos pocos resolutos, inmutables y celosos... Uno o dos hombres, de pequeñas pretensiones externas, pero con sus corazones puestos en la obra, hacen grandes cosas. Están preparados, no por una súbita excitación, o por una vaga creencia general en la verdad de su causa, sino por una instrucción profundamente impresa y repetida con frecuencia; y como es de razón que es más fácil enseñar a unos pocos que a un gran número, es evidente que tales hombres siempre serán pocos... También nosotros, aunque no somos testigos directos de la Resurrección de Cristo, lo somos espiritualmente. Con un corazón despertado de entre los muertos, y con nuestros afectos puestos en el cielo, podemos dar testimonio de que Cristo vive, tan verdadera y realmente como lo hicieron ellos. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo. La Verdad da testimonio por sí misma de su Divino Autor. El que obedece a Dios conscientemente y vive santamente, fuerza a todos los que le rodean a creer y temblar ante el poder invisible de Cristo. Por cierto, no da testimonio a todo el mundo, pues son pocos los que pueden verlo lo suficientemente cerca como para ser conmovidos por su manera de vivir. Él manifiesta la Verdad a sus vecinos en proporción al conocimiento que tienen de él, y algunos de ellos, con la bendición de Dios, recogen el fuego santo, lo aprecian, y lo transmiten a su vez. Y de este modo, en un mundo oscuro, la Verdad hace su camino a pesar de la oscuridad, yendo de mano en mano. (*Parochial and Plain Sermons* I, 22)

Día séptimo

Estad seguros, hermanos, que cualquiera de vosotros que esté persuadido de abandonar sus oraciones de la mañana y de la tarde, está entregando la armadura que lo defiende contra los ardides del Demonio. Si renunciáis a cumplir con ellas, podéis caer cada día, y lo haréis sin notarlo. Por un tiempo seguiréis adelante, pareciéndoos que estáis lo mismo que antes... Cuando hayáis dejado la práctica de la oración fija, os volveréis débiles gradualmente sin saberlo... Pensaréis ser los hombres que solíais ser, hasta que de repente llegará el adversario furiosamente, y también de repente caeréis... Los hombres dejan primero la oración personal, luego son negligentes con la observancia del día del Señor (que es un servicio fijo de la misma clase), luego dejan escapar de sus mentes la misma idea de la obediencia a una ley eterna fija, luego incluso se permiten cosas que su conciencia condena, luego pierden la dirección de la conciencia, que siendo maltratada, rehúsa finalmente dirigirlos a ellos... Fijad vuestro corazón en las cosas elevadas, permitid que vuestros pensamientos de la mañana y de la noche sean puntos de descanso para el ojo de vuestra mente, y dejad que sean acerca de la senda angosta, de la bendición del cielo, de la gloria y el poder de Cristo vuestro Salvador... Los hombres en general no sabrán nada de todo esto, no serán testigos de vuestras oraciones personales y os confundirán con la multitud que

ellos aceptan. Pero vuestros amigos y conocidos obtendrán una luz y un consuelo de vuestro ejemplo, verán vuestras buenas obras y serán inducidos a rastrear hasta su verdadera fuente secreta: las influencias del Espíritu Santo, buscadas y obtenidas por la oración. (*Plain and Parochial Sermons* I, 19)

Día octavo

El gran fin que Nuestro Señor tenía en vista al asumir nuestra naturaleza, era hacer santas a las creaturas llenas de pecado, y que nadie que no sea santo será aceptado por Su amor en el último día. Toda la historia de la redención, el testamento de la misericordia en todas sus partes y provisiones, atestigua la necesidad de la santidad en orden a nuestra salvación... Si un hombre sin religión, suponiendo que fuese posible, fuera admitido en el cielo, sin duda alguna, soportaría una gran desilusión. Antes, por cierto, imaginó que podría ser feliz allí, pero al llegar, no encontraría sino aquel discurso que evitó en la tierra, aquellas ocupaciones que aborrecía o despreciaba, nada que lo limitara a buscar algo más en el universo, y lo hiciera sentir en casa, nada en lo cual pueda entrar y descansar. Se vería a sí mismo como un ser aislado y apartado por el Poder Supremo de aquellos objetos que aún se entrelazan alrededor de su corazón. Y no sólo eso. Estaría en la presencia de ese Supremo Poder, a quien invariablemente nunca trajo a su pensamiento cuando estaba en la tierra, a quien ahora consideraría sólo como el destructor de todo lo que era precioso y querido para él. ¡Ah!, no podría soportar el rostro del Dios Viviente. El Dios Santo no sería objeto de gozo para él... Nadie más que el santo puede mirar al Santo. Sin santidad ningún hombre puede soportar ver al Señor... Si quisiéramos imaginar un castigo para alguien no santo, un alma réproba, no se nos podría antojar quizás uno mayor que convocarla al cielo. El cielo sería el infierno para un hombre irreligioso... Dios no puede cambiar Su naturaleza. Santo es por siempre, y mientras es Santo, ninguna alma no santa puede ser feliz en el cielo. (*Plain and Parochial Sermons*, I,1)

Día noveno

¿Qué es vigilar aguardando a Cristo?... “Simón, ¿duermes?, ¿no has podido velar ni siquiera una hora?” (Mc 14,37)... Esto es vigilar: apartarse de lo que es presente y vivir en lo que es invisible, vivir pensando en Cristo, cómo vino una vez y cómo vendrá nuevamente, y desear su segunda venida desde nuestro recuerdo afectuoso y agradecido de la primera. Pero hay quienes no vigilan, por amor al mundo... Sirven a Dios y le buscan, pero miran al mundo presente como si fuera eterno, no una escena meramente temporaria de sus obligaciones y privilegios, y nunca contemplan la perspectiva de ser separados de él... Pueden mejorar en la conducta pero no en el anhelo. Avanzan pero no suben, se mueven en un nivel bajo y si pudieran moverse así durante siglos, no se levantarían por encima de la atmósfera de este mundo... Se sienten muy bien como están, y desean servir a Dios como están. Están satisfechos con permanecer en la tierra, no desean moverse, no desean cambiar... Los años pasan silenciosamente y la llegada de Cristo está cada vez más cerca de lo que estaba... Hermanos, rogadle que os dé un corazón para buscarlo con sinceridad. Rezadle para que os haga vivir seriamente... Decidid no vivir más engañados por “sombras de religión”, por palabras, por discusiones, por nociones, por grandes declaraciones, por excusas, o por las promesas o amenazas del mundo. Rezad para que os dé lo que la Escritura llama “un corazón honesto y bueno”, o “un corazón perfecto”, y sin esperar, comenzad inmediatamente a obedecerle con el mejor corazón que tengáis... Tenéis que buscar Su rostro... ¡Que esta sea la porción de cada uno de nosotros! Es duro alcanzarla, pero es lamentable perderla. La vida es corta, la muerte es cierta, y el mundo venidero es eterno. (*Plain and Parochial Sermons*, VI, 17)

A NUESTROS LECTORES

Les pedimos, nos envíen vuestros mails actualizados
para una comunicación más dinámica.


Enviar a:

amigosdenewman@gmail.com

También les informamos que
la página web ha sido mejorada y actualizada.

Los esperamos en
www.amigosdenewman.com.ar

PEDIDO



Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
CBU 0720094688000005108772
CUIL 20-08288279-1

Plain and Parochial Sermons, III, 22

Predicado en St. Mary the Virgin, el 26 de octubre de 1834

La mejor parte

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

*Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas. Sin embargo, una sola es necesaria.
María eligió la mejor parte, que le será quitada. (Lc 10, 41-42)*

Cada palabra de Cristo es buena, tiene su misión y su propósito, y no cae por el suelo.¹ No puede ser que Cristo profririese jamás palabras perecederas, siendo Él la verdadera Palabra de Dios, y pronunciando, según le parecía bien, los profundos consejos y la santa voluntad de Aquel que es invisible. Cada palabra de Cristo es buena, y aun si recibimos un registro de Sus dichos incluso a través de hombres comunes, deberíamos estar seguros de que todo lo que fue así preservado, dicho a discípulos o a enemigos, sea a modo de advertencia, consejo, reprensión, consuelo, argumentación o condenación, nada tuvo un significado meramente ocasional, un alcance parcial y una extensión limitada, nada referido sólo al momento, o accidental, o a una audiencia determinada. Todas sus palabras sagradas, aunque revestidas de un ropaje temporal y sirviendo a un fin inmediato, y difícil por

tanto de desasirse de lo que hay de temporal e inmediato en ellas, tienen fuerza sin embargo en cada época, morando en la Iglesia sobre la tierra, “permaneciendo eternamente en el cielo” y continuando por toda la eternidad. Son nuestra ley, “santa, justa y buena”, “lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero”, en este mismo día, tan plena e profundamente como cuando fueron pronunciadas por primera vez. (1 Pe 1, 25; Rom 7, 12; Sal 119, 105)

Y si esto había sido así, aunque la mera diligencia humana había recogido las migajas de Su mesa, mucho más seguros estamos nosotros del valor de lo que se registra de Él recibéndolo, como lo hacemos, no del hombre sino de Dios. El Espíritu Santo, que vino para glorificar a Cristo e inspiró a los evangelistas para escribir, no perfiló para nosotros un Evangelio estéril, sino que, alabado sea Su nombre, seleccionó y rescató para nosotros aquellas palabras que debían tener una especial utilidad en los tiempos futuros,

¹ Nota de Newman: Basil, Const. Mon. I.

Cristo en casa de María y Marta, Johannes Vermeer, 1654.



aquellas palabras que debían ser la ley de Cristo, en la fe, en la conducta, y en la disciplina; no una ley escrita en tablas de piedra, sino una ley de fe y amor, del espíritu y no de la letra, una ley para corazones anhelantes que puedan “vivir de toda palabra que sale de Su boca” (Mt 4, 4) , por muy tenue y baja que sea, y que de las semillas que el Sembrador Celestial esparce puedan engendrar un paraíso de Verdad divina. Con este pensamiento ante nosotros, y con la ayuda de Su gracia, tratemos humildemente de obtener algún fruto del texto.

Marta y María eran hermanas de Lázaro, que más tarde fue resucitado de entre los muertos. Los tres vivían juntos, pero Marta era la ama de casa. San Lucas menciona, en un versículo anterior al texto, que Cristo llegó a cierta aldea “y una mujer llamada María lo recibió en su casa”. Al ser la que estaba al frente de la familia, necesariamente tenía obligaciones que le ocupaban el tiempo y la cabeza. Y precisamente en esa ocasión se encontraba especialmente ocupada por el afán de honrar al Señor. “Marta estaba muy ocupada con los quehaceres de la

casa”. Por otro lado, su hermana estaba libre de la necesidad de ocupaciones mundanas, al ser la más joven. “Tenía una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba Su palabra”. La misma distinción de obligaciones y carácter aparece en el relato de la muerte y resurrección de Lázaro, en el Evangelio de San Juan: “Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa”. Después Marta “fue a llamar a María, su hermana y le dijo en voz baja: ‘El Maestro está aquí y te llama’” (Jn 11, 20. 28). Nuevamente, el comienzo del capítulo siguiente dice: “Allí le prepararon una cena: Marta servía... María, tomando una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, ungió con él los pies de Jesús y los secó con sus cabellos” (Jn 20, 2-3). En estos pasajes se presenta la misma diferencia general entre las hermanas, aunque en un punto de vista distinto. Marta dirige y actúa, mientras María es la reservada y modesta sierva de Cristo, que, libre de las obligaciones mundanas, ama sentarse a Sus pies y escuchar Su voz, y honrarlo silenciosamente lo mejor que puede, sin importunar Su sagrada presencia.

Volviendo al texto, “Marta, que estaba muy ocupada con los quehaceres de la casa, dijo a Jesús: ‘Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude’. Pero el Señor le respondió: ‘*Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas. Sin embargo una sola cosa es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será quitada.*’”

Haré dos observaciones sobre este hecho y el comentario de nuestro Señor al respecto.

1. En primer lugar, se desprende de aquí, por la misma autoridad del Señor, que hay dos formas de servirle: por medio de la ocupación activa y por medio de la adoración silenciosa. No es que Él hable de aquellos que se llaman siervos Suyos y no lo son, los que contraponen una y otra manera de vida, ni tampoco de aquellos que “se ahogan con las preocupaciones del mundo”, o los

que están ociosos e inútiles al borde del camino y “no pueden dar fruto” (Mt 13, 18-22). Tampoco Sus palabras suponían que algunos cristianos sean llamados para nada más que el culto religioso, y algunos para nada más que el trabajo activo. Hay hombres ocupados y hombres ociosos que no tienen nada que ver con Él, y hay otros, no sin culpa, que sacrifican enteramente el ocio por el trabajo, o el trabajo por el ocio. Pero dejando a un lado el pensamiento de lo falso y lo extravagante, quedan al final dos clases de cristianos: los que son como Marta y lo que son María, y ambos glorifican al Señor a su manera, sea trabajando o sea en la quietud, mostrando en ambos casos que no se pertenecen a sí mismos, sino que, comprados a precio, y establecidos sobre la obediencia, son constantes en hacer Su voluntad. Si trabajan es por su causa, y si le adoran sigue siendo por amor a Él.

Además, estas dos clases de discípulos Suyos no eligen por sí mismos su modo de servir, sino que les es asignado por Él. Marta debía ser la mayor y María la más joven. No digo que nunca se deje a un cristiano elegir su propio camino, sea que sirva con los ángeles o adore con los serafines, y a menudo es así, y puede bendecir a Dios si está en su poder elegir libremente la buena parte que nuestro Señor alaba especialmente. Pero, para la mayoría, cada uno tiene su propio lugar señalado, si lo quiere aceptar, en el curso de la Providencia. Al menos, no hay duda *quienes* están destinados para las ocupaciones del mundo. La necesidad de ganarse el sustento, el cuidado de una familia, las obligaciones de la posición y del oficio, tales son las señales de Dios que marcan el camino de Marta para la mayoría. Permittedme, entonces, dejar a la mayoría, y mencionar más bien a los que pueden considerarse llamados a esa parte más favorecida de María, y al hacerlo mostraré más claramente qué cosa es esa parte.

En primer lugar, señalo a los ancianos, quienes como es natural su época de esfuerzo ya ha pasado y se les recuerda, por tanto, servir a Dios con la oración y la contemplación. Tal

fue Ana, “mujer ya entrada en años,... viuda de ochenta y cuatro años, que no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día” (Lc 2, 36-37). Vemos aquí tanto la descripción de la persona que ha sido llamada como su ocupación. Más aún, observad que eran las promesas acumuladas en Cristo Salvador el objeto al que se refería su servicio. Cuando Él fue llevado al Templo, ella “se puso a dar gracias a Dios, y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”. Nuevamente, la misma descripción de la persona, y ciertamente el mismo oficio, se nos presenta en la parábola de la viuda importuna. “Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse”. La viuda dijo: “Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario”. Y nuestro Señor pregunta: “Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los haga esperar?” (Lc 18, 1-7). Añadid a esto textos la descripción de san Pablo: “Hay viudas que lo son realmente, porque se han quedado solas y tienen puesta su confianza en Dios, consagrando sus días y sus noches a la súplica y a la oración” (1 Tim 5, 5).

Luego, aquellos que son ministros del Altar están incluidos en la parte de María. “Feliz el hombre que Tú eliges y atraes para que viva en Tus atrios”, dice el salmista (Sal 65, 4). De acuerdo con la regla de los Apóstoles, los diáconos debían servir en los asuntos mundanos de la Iglesia, los evangelistas ir entre los paganos, los obispos gobernar, pero los presbíteros debían permanecer, más o menos, en el seno del pueblo del Señor, en los atrios de Su casa, al servicio del culto, “realizando el oficio sacerdotal”, como leemos en el libro de los Hechos (13, 2), ofreciendo el sacrificio de alabanza y acción de gracias, enseñando, catequizando, pero no ocupados o inquietos con el mundo. No quiero decir que estos distintos oficios nunca estuvieron reunidos en una sola persona, sino que eran distintos entre sí, y que la tendencia de la disciplina de los Apóstoles era separar de la multitud de los cristianos a los ministros que de-

bían estar al servicio de Dios y de la Iglesia dando gracias e intercediendo.

Luego menciono a los niños que, en algún sentido, participan de la suerte de María. Hasta que entran al mundo, sea en sus negocios o profesiones, su tiempo en la escuela debería ser, de algún modo, una contemplación de su Señor y Salvador. Sin duda, no pueden entrar en materias sagradas tan seriamente como es posible después, no deben ser forzados de modo antinatural a servir, y sí deben ser ejercitados en los hábitos activos de obediencia, y en una disciplina necesaria para el futuro. Después de todo, no debemos olvidar que Él, siendo modelo de los niños tanto como de los adultos, fue encontrado a los doce años en la Casa de Su Padre, y que más tarde, cuando volvió allá antes de Su pasión, fueron niños los que lo recibieron con aquellas palabras “Hosanna al Hijo de David”, cumpliendo una profecía y obteniendo Su alabanza al hacerlo.

Además, se nos dice, con la autoridad de san Pablo (si es necesario en una cuestión tan obvia), que la parte de María está destinada, más o menos, a los no casados. Digo más o menos, pues Marta misma, aunque soltera, como ama de casa era en cierto modo una excepción; y porque los siervos de Dios, como san Pablo, podían permanecer célibes, no para trabajar menos sino para trabajar más directamente por el Señor. Algunos han observado que las palabras de san Pablo casi parecen referirse al lenguaje usado en el texto original griego. Y es lo más probable, pues san Lucas fue discípulo del Apóstol y su evangelio parece citarlo en todas partes, como si dijera (a Marta): “La mujer soltera se ocupa de las cosas del Señor, tratando de ser santa en el cuerpo y en el espíritu... Y les digo estas cosas para vuestro bien, para que puedan sentarse a los pies del Señor sin ser molestadas” (cf. 1 Cor 7, 34-35).

Y más aún, hay un vasto número de cristianos en el caso de María, ubicados en varias circunstancias, de los que no puede darse nin-



Resurrección de Lázaro, Giotto.

guna descripción; hombres ricos con tiempo libre o bien hombres activos durante épocas de ocio, como cuando dejan su trabajo ordinario para una recreación. Ciertamente, nuestro Señor quería que unos u otros de Sus siervos estuviesen siempre dando culto en algún lugar, y no sólo en sus corazones, sino con el ceremonial de devoción. San Pablo dice, incluso a ese sexo cuyo castigo fue que debieran “comer el pan con el sudor de su frente” (Gn 3, 19): “Quiero que

los hombres oren constantemente, *levantando las manos al cielo*” (es decir en el culto común y público), “sin arrebatos ni discusiones” (1 Tim 2,8). Y de acuerdo con esto, nos encontramos que incluso Cornelio, un centurión romano, había hallado tiempo, en medio de sus ocupaciones militares, para servir a Dios continuamente, antes de hacerse cristiano, y en consecuencia fue recompensado con el conocimiento del Evangelio. Se nos dice que “oraba a Dios sin cesar” y

que sus “oraciones y limosnas subieron como memorial ante la presencia de Dios” (Hech 10, 2.6).

Y finalmente, sin duda, en la parte de María están incluidas las almas que han vivido y muerto en la fe y el temor de Cristo. La Escritura nos dice que “ellos descansan de sus trabajos” (Apo, 14,13), y en el mismo libro sagrado se dice que su ocupación es la oración y la alabanza. Mientras los siervos de Dios abajo claman a Él día y noche en todo lugar, estos “le sirven día y noche en Su templo” arriba, y desde su lugar de descanso interceden bajo el altar, a voz en cuello, por aquellos santos intereses que dejaron tras ellos: “¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, tardarás en hacer justicia y en vengar nuestra sangre sobre los habitantes de la tierra?”. “Te damos gracias, porque has ejercido Tu inmenso poder y has establecido Tu reino”. (Apo, 6, 10; 11, 17).

Esta es, pues, la compañía de aquellos que están en la porción de María: los ancianos y los niños, los célibes y los sacerdotes de Dios, y los espíritus de los justos que han alcanzado la perfección, todos en su solo acorde, como Moisés en el monte, alzando sus manos consagradas hacia Dios, mientras sus hermanos luchan, meditando en las promesas de Dios, o escuchando las enseñanzas de su Salvador, o danto lustre y belleza a su culto.

2. Siendo este el doble carácter de la obediencia cristiana, observo, en segundo lugar, que la porción de María es la mejor de las dos. Nuestro Señor no lo dice expresamente, pero lo implica claramente. “Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas. Sin embargo, una sola es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será quitada”. Si Sus palabras las tomamos literalmente, deberían por cierto incluso significar que el corazón de Marta no estaba bien con Él, lo cual queda claro que no era así, por otras partes de la historia. Por tanto, lo que Él seguramente quiso decir que la parte de Marta estaba llena de asechanzas, al ser una labor del

mundo, pero que a María difícilmente le podía ir mal en la suya; que podemos estar ocupados de modo equivocado, pero no podemos adorarle sino acertadamente; que servir a Dios en la oración y la alabanza de continuo, cuando podemos hacerlo consecuentemente con otras obligaciones, es ocuparse de “la única cosa necesaria”, y, decididamente, que “esa parte buena no nos será quitada”.

Es imposible leer las cartas de san Pablo cuidadosamente sin percibir cómo comentan fielmente esta regla de nuestro Señor. ¿Le puede caber la duda a alguien que hablen mucho y a menudo de las obligaciones del culto, de la meditación, la acción de gracias, la oración, la alabanza y la intercesión, y de un modo que guían al cristiano a convertirlas en la ocupación ordinaria de su vida, tanto como se lo permitan otros deberes; y no ciertamente para descuidar su vocación legítima, ni para contentarse sin algunos esfuerzos activos de hacer el bien, sea en la educación de los jóvenes, en la atención de los enfermos y necesitados, en la ocupación pastoral, el estudio, u otras labores, sino para dedicarse a un vida a los pies de Jesús y escuchar continuamente Su palabra? ¿Y no es sencillamente un privilegio por encima de otros, ser llamados a esta vida celestial, si realmente lo amamos? Consideremos los siguientes pasajes, además de los ya citados, y veamos si es posible que puedan ser completamente realizados en la vida del común de los cristianos, aunque todos, sin duda, deben cultivar internamente, y en su medida expresar en actos externos, el espíritu que esos textos imponen. Veamos si no serían ejemplos de esa bendita porción con la que María fue favorecida.

“Perseverad en la oración, velando siempre en ella con acción de gracias” (Col 4, 2). “Que la Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruyéndoos en la verdadera sabiduría, y corrigiéndoos los unos a los otros. Cantad a Dios con gratitud y de todo corazón, salmos, himnos y cantos inspirados” (Col 3, 16). “Estad siempre alegres, orad sin cesar, dando gracias a

Dios en toda ocasión... No extingáis la acción del Espíritu, no despreciéis las profecías” (1 Te 5, 16-20). “Quiero que los hombres oren constantemente, levantando las manos al cielo” (1 Tim 2, 8). “No abuséis del vino que lleva la libertinaje; más bien, llenaos del Espíritu Santo. Cuando os reunáis, recitad salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y celebrando al Señor de todo corazón. Siempre y por cualquier motivo, dad gracias a Dios nuestro Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 18-10). “Permaneced de pie, ceñidos con el cinturón de la verdad... teniendo siempre en la mano el escudo de la fe... y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; elevando constantemente toda clase de oraciones y súplicas, animados por el Espíritu, y dedicándoos con perseverancia incansable a interceder por todos los santos” (Ef 6, 14-18). Y así habla san Pablo, y de igual modo san Pedro: “Descargad en Él todas vuestras inquietudes” (como las de Marta) “porque Él se ocupa de vosotros” (1 Pe 5, 7). “Absteneos del vino, para poder orar” (1 Pe 4, 7). “Si alguien está afligido, que ore. Si está alegre, que cante salmos” (St 5, 13).

Estos son los mandatos de los Apóstoles. Observemos ahora cómo fueron cumplidos en la Iglesia primitiva. Antes de que descendiera el Espíritu Santo, se dice con la misma palabra de san Pablo en los pasajes ya citados, que los Apóstoles “*perseveraban* unánimes en oración, con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de Éste” (Hech 1, 14). Y después de Pentecostés, “*perseveraban* unánimemente en el Templo, partiendo el pan por las casas y tomando el alimento con alegría y sencillez de corazón, y alabando a Dios” (Hech 2, 46). Sabemos que ese privilegio primitivo pronto les fue quitado como cuerpo, pues surgieron las percusiones y fueron “dispersados” de un lado a otro por toda la tierra (Hech 8, 1). En lo sucesivo, les tocó la parte de María. Estaban llenos de trabajos, agradables o penosos; agradables porque tenían que predicar el Evangelio en toda la tierra, pero penosos porque perdían no sólo las comodidades terrenales sino, de algún modo, la

quietud espiritual. Fueron separados de las celebraciones de la gracia divina, como errantes en el desierto. Aquí y allí, cuando viajaban, encontraban unos pocos hermanos suyos, “profetas y doctores que servían al Señor” en Antioquía, o las hijas de Felipe, “vírgenes que profetizaban” en Cesarea (Hech 13, 2; 21, 9). Se reunían en secreto para el culto, por temor a sus enemigos, y con el correr del tiempo, cuando el fuego de la persecución se hizo peor, volaron al desierto, y allí levantaron casas para el servicio de Dios. Así se mantuvo la parte de María en la Iglesia por muchos años, mientras ella trabajaba y sufría. El mismo san Pablo, ese gran Apóstol, aunque tuvo su momento de privilegio cuando fue llevado al tercer cielo y escuchó los himnos de los Ángeles, sin embargo, él también fue un hombre de contiendas y fatigas. Combatió por la Verdad, y así puso los fundamentos del Templo. Fue “enviado a predicar, no a bautizar” (1 Cor 1, 17). No le fue permitido construir la Casa de Dios, porque era, en figura, como David, un “hombre de sangre” (2 Sam 16, 8). No hizo sino reunir los materiales para el sagrado edificio. El orden sacerdotal, la sucesión apostólica, los servicios del culto, la regla de disciplina eclesiástica, todo lo que es calmo, hermoso y consolador en nuestra santa religión, fue dado a luz, desde sus escritos, por sus amigos y discípulos, en su propio tiempo y después, en la medida en que la situación de la Iglesia lo permitía.

Así, en la medida en que se gozaba de paz, así también se continuaba el edificio, aquí y allí, en este tiempo y en aquel otro, en la cueva, o en el desierto, o en la montaña, donde vivían aislados los fieles de Dios. Hasta que llegó un tiempo de paz, y al término de trescientos años se completó la obra. Desde ese tiempo en adelante hasta hoy, la parte de María ha sido ofrecida a una vasta multitud de cristianos, si la podían recibir. Si conocieran su bendición, hoy hay muchos, en distintos niveles de la sociedad, que podrían gozar del privilegio de una alabanza y oración continuada, sentados a los pies de Jesús. Sin duda, después de todo, son de los pocos, porque

la mayoría de los cristianos tienen sólo el día del Señor como día de descanso, y abandonarían sus obligaciones si vivieran los otros días como éste. Pero lo que no se concede a algunos se concede a otros: servir a Dios en su templo y vivir en calma. Quienes son estas personas favorecidas ya se ha dicho en general, que es todo lo que puede decirse en un asunto en el cual cada uno debe decidir por sí mismo, de acuerdo a su mejor entender y a su caso particular. Aun así, por cierto, y sin intentar pronunciarse sobre los individuos, podemos decir al menos, que si hubiera una época en que la parte de María se abandonase y desacreditase, esa época sería necesariamente extraña al espíritu del Evangelio.

Permitidme preguntar, entonces, como conclusión y para nuestra edificación, si quizás no será la nuestra esa época. Digo “quizás”, porque en asuntos de esta clase los hombres muestran sus motivos y principios menos abiertamente que en otros temas, al ser de una naturaleza inmediata entre ellos mismos y Dios. Sin embargo, tomando nota de esto, ¿no es esta, al menos, una época en la cual pocas personas están en condición, por el mismo estado de la sociedad, de “entregarse continuamente a la oración” y otros servicios religiosos directos? ¿No tenemos, acaso, el deseo hambriento de riqueza en nuestros corazones, pensando que la pobreza es el peor de los males, que la seguridad de la propiedad es la primera de las bendiciones, y medimos todas las cosas con *Mamón*, el dios dinero, de manera que no sólo trabajamos para él sino que involucramos a todos los que nos rodean en nuestra propia malignidad, no pudiendo librarse de perseguirlo, aunque quisieran? ¿No es el sistema de la sociedad moverse en pos de semejante plan, y enlistar en su servicio del mundo a todos sus miembros, lo quieran o no? ¿No sería juzgado sin inspiración e improductivo el hombre que no avanza en pos de lo que la Escritura llama “la raíz de todo mal”, el amor de “la codicia, que es una idolatría” (1 Tim 6, 10; Col 3, 5), y la posesión de lo que solemnemente declara que excluye al

hombre del Reino de los Cielos? ¿Puede negarse esto? Y entonces, por supuesto, el entero mundo de la devoción tranquila, la santa meditación, y la libertad frente a los cuidados mundanos, que nuestro Salvador alabó en el caso de María, es desechado, malentendido, o totalmente perdido como la magnífica luz de sol para un ciego, difamado y ridiculizado como algo despreciable y vano. Ciertamente, nadie que sea sincero puede dudar de que si María viviera hoy y eligiera ese estado en la que la encontró Cristo, y se contentara con permanecer a los pies de Jesús escuchando Su palabra y despreocupada de este mundo dificultoso, sería culpada y compadecida. Los hombres descuidados mirarían con extrañeza y los sabios con compasión, a quien desperdiciara así su vida, eligiendo una parte tan melancólica y triste. Hace mucho tiempo fue este el caso. Incluso santa Marta, celosa y de corazón puro como era, nos hace recordar la impaciencia y el desdén con que aquellos que son tan diferentes de ella, los hijos de este mundo, se refieren a los que se dedican a Dios. Hace mucho tiempo, incluso en Marta, nos parece ver un testimonio, como un tipo, del temerario modo anticristiano en el que esta época desprecia los servicios devocionales. ¿Nunca escuchamos decir que el culto cotidiano de la Iglesia es innecesario? ¿Nunca se insinúa, acaso, que es apenas digno mantenerlo a menos que tengamos muchos asistentes, como si una sola alma, una sola, no fuese suficientemente preciosa para el amor de Cristo y el cuidado de Su Iglesia? ¿No se objeta que una iglesia medio vacía es una visión desalentadora, como si, después de todo, nuestro Señor Jesús hubiese elegido a los muchos y no a los pocos para ser Sus verdaderos discípulos? ¿No se mantiene, acaso, que un sacerdote cristiano no está en su puesto a menos que siempre trabaje por los muchos sin corazón, en vez de dedicarse a los pocos más religiosos?

¡Ay! ¡Debe haber algo malo entre nosotros, cuando nuestros defensores recomiendan la Iglesia sobre la mera garantía de su actividad, su

popularidad, y su utilidad visible, y apenas tendrían escrúpulo en abandonarnos si *no* tenemos a la mayoría de nuestro lado! Si el fundamento de nuestro alarde fuese que los ricos, los poderosos, y muchos, son los que nos aman, nunca sería un alarde religioso, y podría ser nuestra condenación. Cristo hizo Su fiesta para “los pobres, los lisiados, los ciegos y los paralíticos” (Lc 14, 21). Son las viudas y los huérfanos, los enfermos, los desvalidos, los abandonados, todos unidos en oración, los que son la fortaleza de la Iglesia. Son sus oraciones, sean muchos o pocos, las oraciones de María y de los que son como ella, las que dan seguridad, junto a Cristo, a los que como Pablo y Bernabé luchan las batallas del Señor. “Es inútil madrugar, velar hasta muy tarde, y desvivirse por ganar el pan” (Sal 127, 2) si no se reza de continuo. Es un capricho pensar que resistimos a los enemigos que en este momento están a nuestras puertas, si nuestras iglesias permanecen cerradas, y dedicamos a la oración unos pocos minutos al día.

¡Bienaventurados, en verdad, aquellos a quien Cristo llama a su lado para ser sus asistentes especiales y amigos familiares, y más bienaventurados aun si obedecen y cumplen con su vocación! Bienaventurados incluso si se les permite servirle con interrupciones, pero favorecidos y honrados más allá de lo que se pueda pensar, si pueden poner a un lado las cosas del mundo con plena intención de corazón, y sin romper con sus deberes, renunciando a la búsqueda de la riqueza, libres de los cuidados familiares, y entregándose como ofrenda santa, sin

mancha ni falta, a Aquel que murió por ellos.² Estos son aquellos que “le siguen adondequiera que Él vaya” (Apo 14, 4), y a los que Él dirige especialmente aquellas lecciones de fe y resignación que se recogen en Su evangelio. “Cuidaos de toda avaricia”, les dice, “porque la vida de un hombre no consiste en la sobreabundancia de las cosas que él posee. No os inquietéis por vuestra vida, lo que comeremos, ni por vuestro cuerpo, lo que nos pondremos. Considerad cómo crecen los lirios, no hilan ni tejen. No os preocupéis por lo que vais a comer o beber, porque son las naciones del mundo las que buscan estas cosas, y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino. Vended lo que tenéis, y haced limosna; haceos bolsas cuya cera no envejece, donde no llega el ladrón ni corroe la polilla. Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas, y sed ante los hombres como los que esperan a su Señor, cuando vuelva de la boda. Bienaventurados esos siervos a los que el Señor, cuando venga, encuentre velando. Verdaderamente os digo que Él mismo se ceñirá”, el que en la tierra les permitió estar a Sus pies escuchando Su palabra o les dejó ungir Sus pies con aceite, besándolos, a su vez, como hizo antes de Su pasión por una inexpressable condescendencia, “se ceñirá, y los hará sentar para comer, y les servirá. Y si llega a la segunda o tercera vigilia de la noche, y los encuentra así, bienaventurados ellos. Vosotros estad preparados también, pues el Hijo de hombre vendrá a la hora menos pensada”. (cf. Lc 12, 15-40).●—

² Nota de Newman: La vida que aquí se propugna es aquella en que la oración, la alabanza, la intercesión, y otros ejercicios de devoción constituyen el objeto y ocupación, en la misma medida en que una cierta profesión u oficio es el objeto y la ocupación de la vida para la mayoría de los hombres: aquella en que la devoción es el fin hacia el que se dirige todo lo demás. Esta explicación responderá a la pregunta acerca de cuánto tiempo del día se supone que hay que dedicar a la devoción. Los requerimientos de este mundo no necesariamente ocupan ni todo, ni la mitad, ni un tercio de nuestro tiempo, sino que regulan y disponen de todo él.

Behind the veil

*Banish'd the House of sacred rest,
Amid a thoughtless throng,
At length I heard its creed confess'd,
And knelt the saints among.*

*Artless his strain and unadorn'd,
Who spoke Christ's message there;
But what at home I might have scorn'd
Now charm'd my famish'd ear.*

*Lord, grant me this abiding grace,
Thy Word and sons to know;
To pierce the veil on Moses' face,
Although his speech be slow.*

Detrás del velo

Fue proscripta la casa del reposo sacro
en medio de un tropel atolondrado.
Al fin oí el proclamar su credo
y me puse de hinojos con los santos.

Sencillo y sobrio resultó ese canto
y oí el mensaje de Cristo.
Aquello que en mi tierra
hubiera despreciado,
logró encantar ahora
mi famélico oído.

Concédeme Señor esta durable
gracia de conocer a Tu palabra
y a tus hijos.
De penetrar el velo
sobre la faz de Moisés,
Aunque el canto sea lento y lleve tiempo.

En el mar, enero 9 de 1833.

¿No son actuales los principios de Newman?

FERNANDO MARÍA CAVALLER

I. EL PRINCIPIO DEL DOGMA

Encontramos en la *Apologia pro vita sua* tres referencias al mismo, de tono autobiográfico:

*A mis quince años (en el otoño de 1816) un gran cambio hubo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido.*¹

*Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo.*²

*Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias. He ahí el primer punto del que yo estaba cierto.*³

El liberalismo religioso de talante racionalista, por un lado, y el sentimentalismo religioso, por otro, tenían ambos una postura antidogmáti-



ca. El cuadro de fondo era el mismo que imperaba en el resto de Europa desde la Ilustración: la gran separación entre fe y razón. Racionalismo y fideísmo eran opuestos entre sí, pero coincidían en ser fuertemente antidogmáticos. Newman y el Movimiento de Oxford se opuso a ambos.

¹ Apo, 4

² ídem

³ Apo, 48

En varias obras se refiere a la cuestión del dogma, o doctrina de la fe. En *Los arrianos del siglo cuarto* señala que tanto los semiarrianos del siglo IV como los liberales del siglo XIX buscaban fórmulas de compromiso que comprendieran distintas opiniones, pero eso era, según Newman: *confundir arreglos de palabras que existen sólo en el papel, con realidades... No existen dos opiniones tan contrarias que no puedan ser comprendidas juntas en alguna forma verbal suficientemente vaga... Si la Iglesia debe ser vigorosa e influyente, debe ser decidida y hablar claro en su doctrina.*⁴

En sus *Sermones Universitarios*, dedicados directamente a la relación entre razón y fe, dice: *Nada indicaría una filosofía más superficial que la afirmación de que hay que procurar cuidadosamente desprender a la fe de las formulaciones dogmáticas y argumentativas... La fe no puede existir sin fundamentos o sin un contenido.*⁵ Ese ambiente de entonces no se extinguiría, ya que tuvo sucesores en el posterior modernismo, y ha desembocado en el relativismo presente. Dice Newman: *No hace falta, por cierto, demostrar formalmente que esta actitud de menosprecio de las formulaciones doctrinales... considera que no hay propiamente una vinculación necesaria entre la creencia religiosa interna y las declaraciones elaboradas teológicamente, y que sería más conforme a la caridad y al buen sentido, si se redujeran los credos a la categoría de opiniones privadas; lo individuos las podrán sostener para sí, pero no tienen ningún derecho de imponerlas a los demás.*⁶

En el *Ensayo sobre el Desarrollo de la doctrina cristiana* de 1845,⁷ al que volveremos después, Newman enuncia algunos principios

característicos del cristianismo, principios permanentes bajo los cuales se producen los desarrollos. Y el primero de esos principios es: *El principio del dogma, esto es, verdades sobrenaturales, irrevocablemente depositadas al lenguaje humano, imperfecto porque es humano, pero definitivo y necesario porque está dada de lo alto.* Esto aclara que no habla solo de los dogmas de la Iglesia, sino, en primer lugar, de la Revelación divina. Dios se ha revelado en lenguaje humano, y este es el fundamento *definitivo* sobre el cual se justifica la existencia de afirmaciones dogmáticas en la Iglesia, desde su origen, pues siguen la misma ley de la Providencia divina en la Revelación, al querer profundizarla y enseñarla.

En 1870, con una larga trayectoria como católico, sigue estudiando el tema, pero ahora desde el punto de vista de la fe, es decir, de la respuesta a la Revelación divina. Entonces dedica los primeros capítulos de la *Gramática del asentimiento* para poder “*determinar qué es un dogma y qué es creer en él... qué es lo que hace la mente y lo que contempla cuando hace un acto de fe*”.⁸ Resumiendo, Newman dice allí que *sin una proposición o tesis no puede haber asentimiento alguno o creencia; como tampoco puede haber una inferencia sin una conclusión... Las proposiciones son útiles en su aspecto dogmático para determinar y precisar las verdades en las que la imaginación religiosa debe descansar. El conocimiento debe siempre preceder al ejercicio de los afectos... Aquí tenemos la solución al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo entre un credo dogmático y una religión vital... La devoción debe tener su objeto; este objeto, siendo de índole sobrenatural, si no está representado a nuestros sentidos por un símbolo material, ha de ser presentado a la mente en forma de proposiciones. La fórmula que para el*

4 Ari, 147-148

5 OUS, XIII, *Implicit and Explicit Reason*, 1840, p. 254.

6 OUS, XV, p. 318-319, *The Theory of the Development in Religious Doctrine*, 1843.

7 *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, 1845.

8 GA, 98-99.

teólogo encierra una noción, fácilmente sugiere un objeto de devoción para el simple fiel... En la religión la imaginación y los afectos han de estar siempre bajo el control de la razón... La teología podría quedar como una ciencia sustantiva sin la vida de la religión; pero la religión no podría mantenerse sin la teología... De esta forma toda religión se apoya en el dogma.⁹

De aquí se comprende la importancia que tiene el Credo, en las distintas redacciones que la Iglesia produjo en los primeros siglos. Newman destaca el hecho de que no sean sólo un texto teológico de las verdades de la fe divinamente reveladas, sino, precisamente, un texto litúrgico que confiesa esa fe de modo orante dentro de la celebración eucarística, y demás sacramentos. *Los Credos tienen un lugar en el ritual: son actos de devoción y tienen el carácter de oraciones que se dirigen a Dios: hablar de dificultades intelectuales en tales oraciones estaría fuera de lugar... No es una colección de ideas de gran peso. Es un salmo o Himno de alabanza, de confesión, de homenaje profundo y reverente,... Es el himno guerrero de la fe, con el cual nos comunicamos a nosotros mismos y luego a los demás, a todos los que pueden llegar a oírlo, a los que llegan a oír a la verdad, quién es nuestro Dios, cómo hemos de adorarlo y cuán grande es nuestra responsabilidad si conociendo lo que hemos de creer no lo creemos... Lo considero como un control a nuestro razonamiento, para que no se precipite en una dirección más allá de los límites de la verdad.¹⁰*

El último texto que se refiere al principio dogmático fue su famoso discurso de 1879 cuando fue hecho cardenal por el papa León XIII. Volvió sobre el liberalismo, que hoy llamamos relativismo, y que desemboca en el indiferentismo religioso. La afirmación de la Verdad aparecía ya entonces como sinónimo de dogmatismo e

intolerancia. *El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como ‘verdadera’. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden...fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. El carácter general de esta ‘gran apostasía’ es único y el mismo en todas partes,... Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito...¹¹*

Se comprende, a partir de esta breve síntesis, por qué Newman tiene actualidad desde su principio dogmático. Ilumina hoy para entender la importancia de las expresiones dogmáticas de la Iglesia, en un momento de confusión relativista, no ya causada quizá por un racionalismo como aquél que imperaba en la época de Newman, sino más bien por un fenómeno opuesto de carácter irracionalista, que se ha separado más aún de la razonabilidad de la fe, que aparece como producto exclusivo de una experiencia personal sin contenidos, propia de un sentimentalismo religioso vago. Al mismo tiempo está acompañada por la tendencia actual a expresar la Verdad de modo ambiguo, y a tachar de fundamentalismo o intolerancia cualquier afirmación dicha con certeza, confundiendo dogmático con dogmatismo. Este relativismo subjetivista se ve claramente al considerar lo que Newman dice acerca de la fe.

9 *idem*, 119-121.

10 GA, 132-133.

11 Ward, 460-462.

II. EL PRINCIPIO DE LA FE

Después del principio dogmático, Newman señala a continuación: *El principio de la fe, que es correlativa al dogma, siendo la absoluta aceptación de la Palabra divina con un asentimiento interno, en oposición a las informaciones de la vista y la razón.*¹²

La misma actitud antidogmática engendró, y engendra, la contraposición entre la doctrina y la experiencia vital religiosa, como Newman señaló más arriba. Él estudió en su tiempo esta concepción del cristianismo, que prevalecía sobre todo en los grupos protestantes de su época, una postura subjetivista que conoció personalmente desde su juventud. Un solo texto basta y es suficientemente expresivo al respecto. Aparece al final de sus *Conferencias sobre la justificación* de 1838,¹³ precisamente dedicadas a estudiar la postura luterana acerca de la fe en su relación a la romana, un verdadero logro teológico para superar la controversia, y donde, aún anglicano, expresa claramente su rechazo a la primera y su cercanía a la segunda.

La objeción es que... la Iglesia cristiana, antigua y católica, oscurece la visión y el culto verdadero de Cristo, mediante la insistencia en los Credos, en los Ritos y en las Obras; que con sus Credos ella conduce al fanatismo, con sus Ritos al formalismo, y con su doctrina acerca de las obras a la autojustificación. Ésta es la acusación... Pero deseo afirmar lo siguiente... Cuando la Iglesia nos pide que seamos precisos en lo que sostenemos acerca de la Persona de Cristo, ella está declarando que Cristo es el objeto de nuestra adoración; cuando nos pide que frecuentemos Su casa, da a entender que Él está presente en ella; cuando dice que las buenas obras son gratas, quiere decir que son gratas a Él. La Iglesia nunca ha afirmado que seamos

*justificados sólo por la ortodoxia, o sólo por el bautismo, o sólo por las obras; mucho menos por ciertos sentimientos o experiencias espirituales; y menos aún ha determinado que creer esto fuese la única verdad fundamental de la religión.*¹⁴

Luego de desarrollar estos tres puntos, hace estas consideraciones sobre la fe.

*Observo que aquello que los judíos sentían respecto a su Ley, es exactamente lo que muchos defensores del principio de la “sola fe” sienten respecto a su idea de la fe. En ellos la fe sustituye a Cristo, y la estiman de tal manera que, en lugar de ser el camino que conduce a Él, es un obstáculo. Hacen de la fe algo en lo que apoyarse... Así pues, diría lo siguiente: durante los últimos tres siglos ha surgido un sistema de doctrina en el que, en lugar de Cristo, es la fe o la inclinación espiritual la que se contempla y se toma como apoyo en cuanto fin de la religión. No pretendo decir que no se mencione a Cristo como el Autor de todo bien, sino que se pone el acento más bien sobre el creer que sobre el objeto de la creencia, sobre el consuelo y la capacidad de persuasión de la doctrina más que sobre la misma doctrina. De esta manera, se hace consistir la religión en la contemplación de nosotros mismos, no en la de Cristo; no simplemente en mirar a Cristo, sino en el cerciorarse de que miremos a Cristo; no en su Divinidad y en su Expiación, sino en nuestra conversión y en nuestra fe en esas verdades... El error del que se habla aquí consiste en dar a nuestras “experiencias” un lugar más destacado en nuestros pensamientos que a la naturaleza, a los atributos y a la obra de Aquél de quien, según profesan, tales experiencias provienen, y en insistir en ellas.*¹⁵

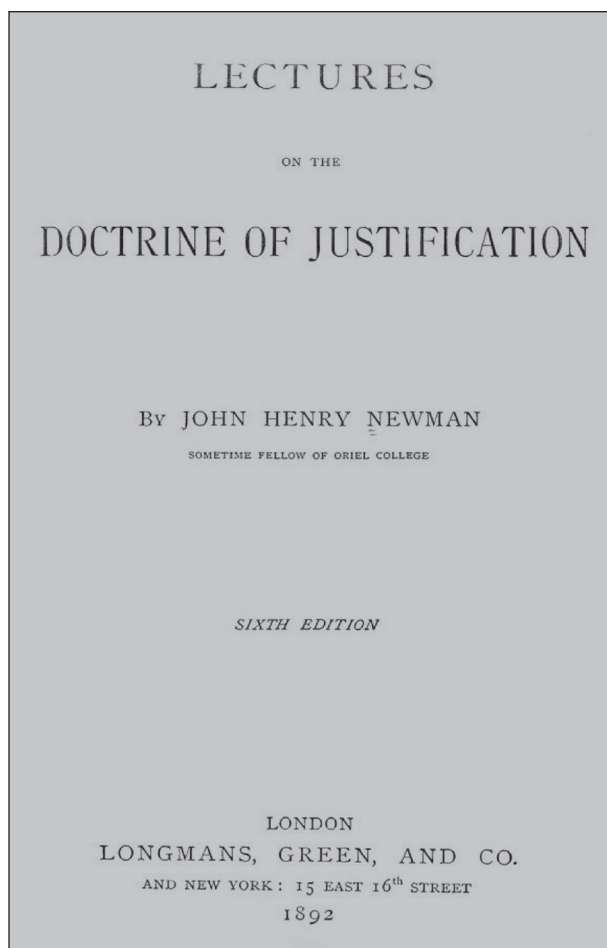
La conclusión de Newman, respecto a la predicación del Evangelio, que es el título de esta conferencia, es la siguiente:

¹² Dev, 335.

¹³ Lectures on Justification, XIII.

¹⁴ JfC, 313-314

¹⁵ idem, 324-325.



Sexta edición de *Conferencias sobre la doctrina de la justificación*, editada en Londres en 1892.

Cuando se haya de exhortar a los hombres a la novedad de vida, el verdadero objeto que se ha de poner ante ellos, tal como yo lo concibo, es “Jesucristo, el mismo ayer, hoy, y por siempre”. La auténtica predicación del Evangelio ha de extenderse, conforme a la capacidad de los destinatarios, sobre la Persona, las naturalezas, los atributos, las funciones y la obra de Aquel que una vez los regeneró, y que ahora se halla dispuesto a perdonar; debe detenerse en las palabras y obras que realizó en la tierra, y de las que tenemos constancia; declarar con actitud reverente y de adoración su misteriosa grandeza de Hijo Unigénito, Uno con el Padre,

*aunque distinto de Él; procedente de Él, aunque no separado de Él; eterno, pero engendrado, Hijo, pero en forma de siervo; debe, en fin, unir y contrastar sus atributos y relaciones con nosotros en cuando Dios y hombre, en cuanto nuestro Mediador, Salvador y Juez. La auténtica predicación del Evangelio consiste en predicar a Cristo.*¹⁶

Y de aquí brota, inmediatamente, la crítica a la postura protestante subjetivista, que, tal como la describe Newman (se justifica aquí la extensión de la cita), está presenta hoy no sólo en las diversas y múltiples derivaciones de la Reforma protestante, sino en algunas prácticas dentro del catolicismo, que, apelando a la necesidad de una conversión más viva, terminan diluyendo la verdadera fe y alejando a la persona de la realidad misma de Cristo.

Pero la moda del momento es predicar la conversión, el intento de convertir mediante la insistencia en la conversión; exhortar a los hombres a que se sometan a una transformación; decirles que se aseguren de mirar a Cristo, en lugar de mostrarles sencillamente a Cristo; decirles que tengan fe, en vez de proporcionarles el objeto de la fe; moverles a despertar y excitar sus mentes, en lugar de inculcarles el pensamiento de Aquel que puede obrar salvíficamente en ellos; pedirles que se cuiden de que su fe sea justificante, no muerta, formal, farisaica y meramente moral, mientras que la imagen de Cristo plenamente esbozada destruye por sí misma la insensibilidad, el formalismo y la hipocresía; confiar en las palabras, en la vehemencia, en la elocuencia, y cosas así, y no tanto transmitir, ya sea en palabras o de otro modo, la única gran idea del Evangelio. Y de esa manera, la fe y la (así llamada) inclinación espiritual gozan de la atención propia de un fin, e impiden la visión de Cristo... No influimos en la personas diciéndoles que lloren o que rían; prediquemos a Cristo,

¹⁶ *idem*, 325.

y dejemos el resultado, que ello prospere o no, a Dios... Los hombres sentirán esto y aquellos, porque se les dice que lo sientan, porque piensan que deberían sentirlo, porque otros aseguran sentirlo; no de forma espontánea, como consecuencia de los objetos que se les presentan. De aquí la ausencia de naturalidad, de calma, de modestia, de sentimientos sanos y no afectados, entre aquellos que se convierten de esa manera, incluso cuando la conversión es sincera. Las convulsiones son, en su concepción, la única manifestación auténtica de la vida y de la fortaleza espiritual... Cuanto más fijéis los pensamientos de los hombres en sí mismos, tanto más los llevaréis a la inconsciente ostentación, presunción y duplicidad... La verdadera fe es incolora, por decirlo así, como el aire o el agua; el medio transparente a través del cual el alma ve a Cristo, y así como el ojo no puede ver el aire, así el alma ni se apoya en su fe ni la contempla. Cuando, por consiguiente, los hombres toman su fe, por así decir, en las manos, examinándola, analizándola y dirigiendo a ella su intención con curiosidad, se ven obligados a colorearla y a darle cuerpo, para que se pueda ver y tocar... Aspiran más a la así llamada experiencia interior, que a Aquel que está fuera de ellos. Se los lleva a considerar los signos de su conversión, la variación de sus sentimientos, aspiraciones y deseos, y a comunicar todo esto a otros, a decirles cómo temen, esperan, pecan, se regocijan, renuncian a sí mismos, y descansan sólo en Cristo... Pero los hombres usan pocas palabras en un campo de batalla; son conscientes de su situación y se concentran en ella. Y los hombres que actúan según buenas o malas noticias, o ante visiones bellas o temibles, se admiran, se regocijan, lloran, o se duelen, pero de manera espontánea, sin una conciencia inmediata de sus emociones. Los hombres de mentes elevadas no son sus propios historiadores y panegiristas. Así ocurre con la fe y otras gracias cristianas. Los curiosos observan nuestras mentes, pero éstas, cuando se

encuentran sanas, ven solamente los objetos que las poseen... Tal es la diferencia entre la verdadera fe y la contemplación de sí mismo.¹⁷

III. EL PRINCIPIO DEL DESARROLLO

Con esta introducción sobre el principio del dogma, y su correlato de la fe, podemos avanzar ahora con el principio del desarrollo en referencia al dogma, pero con su respectiva influencia en la respuesta de la fe.

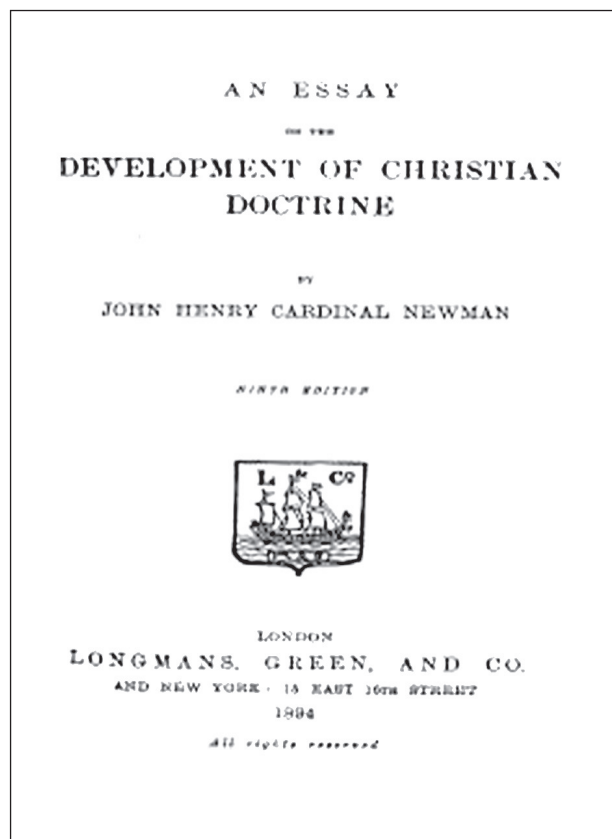
El pensamiento de Newman y del anglicanismo tradicional era que la “regla de fe” de la antigüedad era irreformable. Se oponían a la vez al protestantismo y al catolicismo romano. La oposición al protestantismo era afirmando la Tradición contra la sola Escritura. La oposición al romanismo era también dogmática, ya que acusaban a Roma de haber agregado dogmas a la fe de la Iglesia antigua, y de insistir en explicaciones racionalistas irreverentes como la transubstanciación. Newman saldrá de este error antirromano, y lo hará gracias al principio del desarrollo, que se entiende como desarrollo del dogma. Llegó a una definición del mismo progresivamente. Los pasos principales fueron estos:

Todo comenzó con una idea aprendida a los 15 años del teólogo William Scott: *El crecimiento es la prueba de la vida*.

En lo concerniente a la historicidad o desarrollo doctrinal, Newman dio el primer paso en su obra sobre los *Arrianos*, de 1833. Las definiciones patrísticas eran elaboraciones conceptuales de los fundamentos bíblicos: tuvo lugar el primer desarrollo de la vida de la Iglesia. Van surgiendo los credos.

En 1834, en uno de los *Tracts for the times*, afirma que los artículos de la fe estuvieron to-

¹⁷ *idem*, 325-337.



Portada de la sexta edición publicada en Londres en 1894 del *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*.

*dos ocultos, por así decir, en el seno de la Iglesia desde el comienzo, y fueron dados a luz formalmente de acuerdo a la ocasión.*¹⁸

En la obra sobre el *Oficio Profético de la Iglesia*, de 1837, Newman aplica estas ideas solamente al período patrístico, en el que emerge el dogma cristiano. Pero al ver la dinámica de toda la historia de la Iglesia, y después de sus estudios sobre las herejías de los primeros siglos, el monofisismo, donatismo y arrianismo, abandonará la antigüedad como único argumento, al aparecer en primer plano la catolicidad, y ve que se debe aplicar el desarrollo a toda la historia de la Iglesia.

En 1843, en el último de sus *Sermones Universitarios*, *Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa*, aborda el tema específicamente, porque ya era una cuestión vital para su pertenencia al anglicanismo. Está viviendo en Littlemore. *Los credos y dogmas viven en la idea única, para expresar la cual han sido propuestos, y sólo ella tiene consistencia propia... Aunque el desarrollo de una idea es la deducción de una proposición de otra, estas proposiciones siempre se forman, por decirlo de alguna manera, en la idea misma y alrededor de ella.*¹⁹ La “idea única” era el cristianismo. Agrega una distinción tomada del vocabulario de empiristas ingleses: la distinción epistemológica entre “razón implícita y explícita”, que había sido ya tema de un sermón anterior.²⁰ La razón implícita es la interpretación espontánea, intuitiva de la experiencia, y la explícita, el análisis de aquella en un pensamiento discursivo y lógico. La Revelación es la “idea” cristiana impresa en la mente corporativa de la Iglesia apostólica, tomada implícitamente sin proposiciones, pero que se va explicitando en los Credos y otras formas de definición dogmática, fruto del trabajo teológico.

La cuestión que queda resuelta, al mismo tiempo, con el principio del desarrollo, es la postura luterana de la ‘sola Escritura’, negando la Tradición de la Iglesia. *La misma Revelación nos ha proporcionado en la misma Escritura los principales bosquejos e incluso amplios detalles del sistema dogmático... La inspiración bíblica ha ocupado en gran medida el lugar del ejercicio de la razón humana, y le ha dejado la tarea relativamente fácil de terminar la obra sagrada. Surge a primera vista, claro está, la pregunta sobre por qué no bastan las formulaciones inspiradas, sin desarrollos posteriores. La verdad es que, cuando la razón se ha puesto a investigar, no puede parar hasta el fin. Un dogma crea otro por el mismo derecho con que él mismo fue crea-*

18 VM, I, 40.

19 *idem*, 334.

20 OUS, XIII, *Implicit and Explicit Reason*, 1840

do. Las afirmaciones de la Escritura son, a un tiempo, información a partir de la cual se procede a investigar, y sanción que verifica y corrige; ellas empiezan, pero no se agotan. Digo que la Escritura inicia una serie de desarrollos que no termina: esto equivale a afirmar que es un error buscar en la Escritura todas y cada una de las distintas proposiciones de la doctrina católica... La cuestión no consiste, pues, en si tal o cual proposición de la doctrina católica se encuentra, o no, “in terminis” dentro de la Escritura, a menos que queramos ser esclavos de la letra. Lo que importa es si se encuentra allí aquella única idea del Misterio, de la cual son exponentes todas estas proposiciones... (que) se implican mutuamente como partes de un todo, de modo que negar una de ellas equivale a negarlas a todas, e invalidar una de ellas equivale a mutilar y destruir la misma perspectiva general. La Escritura tiene que imprimir en nosotros una sola cosa: la idea católica; en ella se incluyen todas. Y aquí está el error común de los innovadores doctrinales: marcharse llevándose tal o cual proposición del credo, en lugar de abrazar aquella única idea que todas las proposiciones juntas están destinadas a transmitir... El contacto con la realidad de Dios es la vida propia de los desarrollos auténticos; esto es peculiar de la Iglesia y es lo que justifica sus definiciones.²¹

Pero, por otro lado, la ausencia o parcial ausencia o el estado incompleto de afirmaciones dogmáticas, no es prueba ninguna de ausencia de impresiones o juicios implícitos, en la mente de la Iglesia. Pueden pasar siglos enteros sin la formal expresión de una verdad, que ha estado siempre en la vida secreta de millones de almas fieles.²²

Con este tipo de afirmaciones Newman rechazaba por un lado el liberalismo antidogmático y por otro el fundamentalismo protestante.

Además, Newman ya no sostiene que este proceso dogmático haya cesado con el período patrístico.

En su *Apologia* registra algunos datos que completan su itinerario acerca del desarrollo de la doctrina en la vida de la Iglesia. Estando ya retirado en Littlemore, y leyendo algunos libros de devoción católica, descubre que no había nada de corrupciones doctrinales en ellos, y llega a la conclusión de que la idea de la Santísima Virgen, había, por decirlo así, “crecido” en la Iglesia de Roma con el pasar el tiempo; pero así sucedió con todas las ideas cristianas, incluso con la sagrada Eucaristía. Todo lo que en el cristianismo primitivo aparece pálido, borroso y lejano, es visto en Roma como por un telescopio o espejo de aumento... Vi que el principio del desenvolvimiento no sólo explicaba ciertos hechos, sino que era en sí mismo un notable fenómeno filosófico que da carácter a todo el curso del pensamiento cristiano. Se lo podía descubrir desde los primeros años de la enseñanza católica hasta el día de hoy, y daba a esta enseñanza unidad e individualidad. Servía de una especie de verificación, que el anglicano no podía presentar, de que la Roma moderna era, en verdad, la antigua Antioquía, Alejandría y Constantinopla, exactamente como una curva matemática tiene su propia ley y expresión.²³

Por todo esto, en una carta de 1844 escribía: Yo estoy mucho más cierto (según los Padres) de que estamos (los anglicanos) en estado de separación culpable que de que no se den desenvolvimientos bajo el Evangelio y de que los desenvolvimientos romanos no sean verdaderos.²⁴

También vio que se aplicaba el mismo principio a la fe religiosa personal. En nuestra mente hay una secuencia que la lleva de forma concatenada desde su primera idea religiosa hasta la última. Llegué a la conclusión de que, filosófi-

21 OUS, XV, 335-336

22 idem, 323.

23 Apo, 197-198

24 citada en Apo, 197.

camente hablando, no existe punto medio entre el ateísmo y el catolicismo y que, por tanto, una inteligencia realmente coherente, dadas las circunstancias en que nos encontramos los hombres aquí en este mundo, no tiene más salida que ser ateo o católico. De esto sigo convencido: soy católico porque tengo fe en Dios,²⁵ de modo que hay una concatenación de argumentos por la que el entendimiento asciende desde su primera idea religiosa a la última. Llegué a la conclusión de que, en verdadera filosofía, no hay medio entre ateísmo y catolicismo, y que un entendimiento perfectamente lógico, en las circunstancias en que se encuentra aquí abajo, debe abrazar lo uno o lo otro. Y todavía sostengo que soy católico en virtud de mi fe en Dios.²⁶

Esta afirmación resume su convicción acerca de que la conversión personal es también un desarrollo. Dice Newman: *Una persona religiosa, educada, que ha aceptado sinceramente cierta forma de paganismo o herejía, al ser atraída hacia la luz de la verdad, se desprendería del error no perdiendo lo que tenía sino adhiriéndose a lo que le faltaba... La verdadera conversión tiene carácter positivo, no negativo.²⁷ Por eso, lo mismo que hay una ley en el terreno de la teología dogmática, la hay en el terreno de la fe religiosa. Y así como en la primera es el sujeto Iglesia que sustenta el desarrollo, así es el hombre entero quien se mueve hacia la verdad.²⁸*

Es interesante observar que en ese momento, su propia conversión se estaba desarrollando a la par del escrito sobre el desarrollo de la doctrina en la Iglesia. Y a fines de 1844, toma la resolución de escribir un *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, con el propósito de responder al principio antirromano, y decidir en este caso el paso definitivo. Lo llamó “Ensayo”, para significar que no era un tratado sistemático sobre

el tema, sino una hipótesis para resolver una dificultad, para despejar objeciones. La dificultad era si había habido una *real continuidad de doctrina*, dados los cambios y variaciones ocurridos desde el tiempo de los Apóstoles. El mismo desarrollo doctrinal como hecho no ha tenido lugar de un modo sistemático, pues el desarrollo de una idea (como la revelación cristiana) no es como una investigación en el papel, en la que cada paso sucesivo es una pura evolución del anterior, sino que es llevada a través y por medio de comunidades de hombres, con sus líderes y guías. La “idea” es para Newman la autoexpresión de alguna realidad compleja, consistente en la suma total de todos los aspectos posibles del objeto que expresa. Ningún aspecto puede por sí decir exhaustivamente el contenido de una idea, ni hay proposición que la defina. El proceso por el cual los distintos aspectos son constituidos en lo que Newman llama “consistencia y forma” es el “desarrollo”. Pero para ser auténtico desarrollo debe pertenecer verdaderamente a la idea original.

Newman ofrece, pues, el “hecho” histórico como evidencia de un desenvolvimiento, que difiere por un lado de una pura “inmutabilidad”, y por otro de la “corrupción”. Para ello da una serie de siete “notas” que distinguen un desarrollo legítimo de uno ilegítimo o corrupto: 1) la preservación del tipo original frente al impacto de alguna cosa nueva, 2) la continuidad de los principios, 3) el poder de asimilación de otra materia a la idea original, 4) la coherencia lógica, 5) la anticipación temprana de modo parcial aquí y allá, 6) la actitud conservadora del pasado, que da pasos para preservar la vieja idea en una forma nueva, 7) el vigor perenne.

Newman no intenta “probar” nada en el estricto sentido de la palabra, sino más bien presentar dos pinturas históricas que tenía en su mente:

25 Apo 202-203.

26 idem

27 Discussions and Arguments, p.200.

28 Apo, 137.

la de la moderna Iglesia Católica del siglo XIX y la de la primitiva Iglesia, para preguntarse si son retratos de la misma y única Iglesia. Se apela más a la imaginación que a la inteligencia discursiva.

En un escrito de 1850, recuerda que fue la *vívida pintura que la historia nos presenta* la que le abrió los ojos a la identidad de la Iglesia de los Padres con la Iglesia Católica Romana. Pero esto fue posible por su habilidad en “ver” la analogía histórica. Para Newman, el estudio de la historia juega un papel crucial en la investigación teológica. Si la revelación cristiana es ella misma una realidad compleja, la identificación de sus aspectos varios llevará naturalmente tiempo. De aquí, también, que en orden a establecer cuáles desarrollos de la idea original son legítimos y cuáles no, y si el cristianismo ha de ser tanto social como dogmático, intentado para todas las épocas, debe, humanamente hablando, tener un difusor infalible. Luego el oficio papal emerge avalado por una probabilidad antecedente, confirmada por los hechos.

Algunos han criticado el *Ensayo* en el sentido de que la teoría del desarrollo de la doctrina cristiana sería sinónimo de una revelación continua, lo cual contradice la enseñanza de la Iglesia de que fue completada una vez y para siempre en Cristo, y con la muerte del último Apóstol. Pero Newman ha afirmado en una de sus cartas que *la Iglesia no conoce más que lo que conocían los Apóstoles*.²⁹ No hay adición sino despliegue. Lo que está implícitamente creído llega a ser explícitamente profesado.

Finalmente, nos dice Newman que el principio del desarrollo es la aplicación más típica de la acción de la Providencia. Todas las obras de Dios llevan la impronta de la misma sabiduría divina. La naturaleza y el orden de las cosas manifiestan un designio gobernado por unos pocos princi-

pios, importantes y simples, que dan al conjunto una maravillosa armonía. Los principios fundamentales del plan divino se revelan más o menos en la creación. Todo lo que pasa de acuerdo a sus leyes viene de Dios mismo.³⁰ Todas las grandes obras de Dios que conocemos, interiores o exteriores, en la naturaleza o en la historia, tienen lugar de acuerdo a esta ley del desarrollo. Dios no crea nada en estado completo. Deja que cada cosa se realice poco a poco. Por ello el desarrollo de la tradición doctrinal no constituye a priori una objeción contra la verdad del cristianismo.

Newman vivirá como católico dos acontecimientos que corroboraron visible y contemporáneamente, de modo providencial para él, su pensamiento sobre el desarrollo doctrinal: la definición del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 y de la infalibilidad papal en 1870. La tremenda reacción del anglicanismo significó para Newman la oportunidad de responder. O eran desarrollos o eran corrupciones.

La repercusión y recepción que ha tenido el pensamiento de Newman sobre el desarrollo dogmático ha sido notable. No es difícil descubrir la huella en los más importantes teólogos del siglo XX. Al llegar el Concilio Vaticano II la discusión sobre el tema parecía haber logrado un nivel de afirmaciones suficientemente aceptado. Aunque luego, posturas surgidas del pluralismo teológico y de hermenéuticas contemporáneas han confundido el panorama, y en este sentido Newman puede volver a ser un guía clarificador. De hecho, el documento de 1998 de la Comisión Teológica Internacional sobre “La interpretación de los dogmas” incluyó sus siete notas como una criteriología válida.³¹

Una última cuestión es que, se han dado muchos equívocos al citar frases de Newman fuera de contexto, ignorando que en un estilo como el

29 LD XXV,418

30 Dev 74-75, 84-85

31 *La interpretación de los dogmas*, Comisión Teológica Internacional, colección de documentos, BAC, Madrid, 1998, pp.451-52.



Fresco conmemorativo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en el año 1854 (Museos vaticanos).

suyo es difícil encontrar citas breves para afirmar su pensamiento. Lo grave es que muchas veces el resultado hace decir a Newman lo contrario de lo que quería decir. Un caso está vinculado al *Ensayo* sobre el desarrollo, del que se cita con frecuencia la frase: *En un mundo más elevado ocurre de otra manera, pero aquí abajo vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado a menudo*.³² La frase es reducida incluso a *vivir es cambiar*. Y se omite sistemáticamente la frase anterior, *cambia con ellas en orden a permanecer la misma*, y el contexto que explica de qué está hablando Newman. El texto completo habla de la ‘idea’ del cristianismo, que *cambia con ellas en orden a permanecer la misma*, refiriéndose con ellas a las circunstancias externas, históricas o culturales, que tienden a *interrumpirla, tergiversarla, retardarla, dominarla, absorberla*, por lo cual la ‘idea’ *con el tiempo entra en territorio desconocido, los puntos de controversia alteran su curso, los bandos nacen y caen a su alrededor, surgen peligros y esperanzas en nuevas relaciones, y los viejos principios reaparecen bajo nuevas formas*. Por tanto, lo que Newman quiere decir es que el cristianismo ‘cambia’ pero ‘para permanecer el mismo’, no para ser ‘diferente’. El ‘cambio’ está concebido aquí en términos de ‘desarrollo’, que supone

entonces ‘permanencia’ de sus principios, fidelidad al origen. Todo el *Ensayo* está orientado según esta lógica, aplicada al cristianismo, a la Iglesia, y a las doctrinas de la fe. Por tanto, al aislar una frase se ha tergiversado el pensamiento de Newman sobre la cuestión, interpretándolo en un sentido diametralmente opuesto al suyo. Newman no habla de un cambio en términos de ‘ruptura’ sino de ‘continuidad’. Precisamente la ruptura está señalada en todo el *Ensayo* como la nota de discontinuidad propia de un desarrollo no auténtico, de una ‘corrupción’, que es lo que caracteriza a las herejías. Este es el núcleo del *Ensayo*, y las siete notas hablan este lenguaje: desarrollo es cambio en la continuidad.

No es casual que en nuestro tiempo se pueda distorsionar su pensamiento precisamente en esta *coincidencia* de ‘cambio’ y ‘continuidad’. En efecto, como decía el entonces cardenal Ratzinger en 1982, “el problema básico de la edad moderna es tradición o ruptura de la tradición como camino hacia la humanidad”. La cuestión es particularmente grave y decisiva cuando se trata de la Iglesia, ya que “por un lado, es lo mudable, marcada a lo largo de los tiempos por cambiantes generaciones humanas. Pero, en todo esto, debe seguir siendo también ‘la Iglesia’ y, por ende, también

32 Dev 67.

el sujeto portador del cambio que, por tanto, permanece idéntico a sí mismo”.³³ En palabras de Newman: *cambia con ellas* [las circunstancias externas] *en orden a permanecer la misma*. En el discurso de 2005, ya como papa Benedicto XVI, vuelve a plantear la cuestión, ahora respecto al Concilio Vaticano II: “Por una parte existe una interpretación que podría llamar ‘hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura’; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la ‘hermenéutica de la reforma’, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino. La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconiliar e Iglesia posconiliar”.³⁴

La ‘idea’ del desarrollo en Newman excluye expresamente una ruptura con el pasado, en las notas de ‘conservación del tipo’, ‘continuidad de los principios’, y ‘acción conservadora de su pasado’, a la vez que afirma un ‘poder de asimilación’ y una ‘anticipación de su futuro’, todo lo cual produce el ‘vigor crónico’ de la Iglesia. En esta lógica del desarrollo no hay estancamientos definitivos ni tampoco cambios disolventes. ‘Conservación’ y ‘continuidad’, no son sinónimos de ‘estático’, ni tampoco ‘asimilación’ sinónimo de pérdida de identidad. Una mentalidad puramente anclada en el pasado, o rupturista con el mismo, sea cual sea la fecha elegida, son ambas contradictorias con la teoría de Newman sobre el desarrollo doctrinal, y no pueden encontrar allí ningún fundamento.

La actualidad de Newman y su principio del desarrollo es palpable, e inmediatamente aplica-



Vista general de una de las sesiones del Concilio Vaticano II (1962-1965).

ble a la polémica que gira hoy en torno a la doctrina católica sobre el matrimonio, y sobre los sacramentos, sea en su aspecto dogmático como en su práctica, sea su teología y ley canónica como la pastoral que necesariamente está unida a ambas. Desarrollo sí, ruptura no. Y el desarrollo posible de estas cuestiones no puede ser otro sino el que brota en continuidad con el Magisterio anterior.

Volviendo al plano personal de Newman, su conversión fue el resultado de encausar su vida en el único desarrollo auténtico que podía garantizar el suyo propio. Se dejó llevar por la corriente de la Iglesia verdadera, y pudo expresar así su itinerario personal: *Ex umbris et imaginibus in veritatem*, de las sombras y las imágenes hacia la Verdad.

Dice en una carta de 1871: *Nunca habría sido católico si no hubiese aceptado la doctrina del desarrollo de los dogmas*.³⁵ ●

33 J. Ratzinger, Munich, 1982, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, 1985, p.105, 155.

34 *Discurso a la Curia Romana con motivo del saludo de Navidad* (22-12-2005), L'Osservatore Romano, 30 de diciembre de 2005, pág.10.

35 LD XXV, pp. 308-310, 3 de abril de 1871.

Dos sermones católicos

Catholic Sermons Unpublished, VIII
Domingo VIII después de Pentecostés
Predicado el 31 de julio de 1870 en el Oratorio de Birmingham

Administradores y también hijos de Dios

La parábola del administrador injusto, que es el tema del Evangelio de hoy (Lc 16, 1-13), es más difícil de entender que la mayoría de las parábolas del Señor, pero hay algunos aspectos en su enseñanza en los cuales es imposible equivocarse.

Primero, en su sentido literal nos presenta una visión de la sociedad humana, tal como es, verdadera en todas las épocas, tanto ahora como cuando hablaba el Señor. Nada es más común ahora en el mundo que ese tipo de deshonestidad que está ejemplificada en el administrador injusto. Estaba a cargo de la propiedad de su señor, la manejaba como si fuera propia, y la malgastaba ya sea por descuido o en provecho propio. Olvidó sus deberes hacia su empleador, como hacen los hombres hoy, que piden dinero prestado sin la expectativa razonable de devolverlo, comprometiéndose así y siendo incapaces de responder a los reclamos que se les hacen. Tal fue el caso del administrador: fue llamado a hacer bien sus cuentas y no pudo hacerlo. Bajo estas circunstancias fue llevado a cometer un segundo pecado para encubrir el primero. Se puso de acuerdo con los acreedores de su amo e hizo con ellos un plan de devoluciones fraudulentas con el propósito de dejar sus libros en orden. Este es el primer cua-

dro que nos presenta la parábola, y se graba en nosotros como un ejemplo de la advertencia de san Pablo: “El amor al dinero es la raíz de todos los males” (1 Tim 6, 10).

Pero un sentido más amplio de la parábola, sobre el cual insistiré más, es este: la visión que nos da de nuestros deberes para con Dios y nuestra conducta respecto a esas obligaciones. Queda claro que el amo del que habla nuestro Señor es el mismo Dios Todopoderoso, y que el administrador es cada una de sus creaturas, sus creaturas racionales, que tienen bienes, o, como se dice a veces, talentos que Él les entrega. No nos da estos bienes, sino que nos los presta para que se los devolvamos con fruto o intereses, cuando acabe nuestro tiempo. Los hombres de negocios hacen dinero mediante el dinero, y, así como al final de un cierto tiempo crece el capital, así, usando bien los dones de Dios durante los años de nuestra vida mortal, podemos rendirle buena cuenta y devolverle sus dones con interés. Este es el significado de la parábola de los talentos.

Y así es respecto a la parábola del administrador, que ahora estoy comentando: campos, huertos y bosques producen un rendimiento y



La parábola del administrador injusto (Marinus van Reymerswaele, c. 1490/95).

son medios de riqueza, como el heno, el trigo y otros tipos de cereales, y varios frutos y vegetales en nuestro país, y los olivares, viñas, caña de azúcar, y otros productos en tierras extranjeras. Así como el dinero crea dinero y la tierra produce pan, vino y aceite, nuestras almas deberían dar el debido rendimiento a Dios por los muchos dones que nos ha otorgado.

Estoy hablando de esos dones que pertenecen a nuestra naturaleza, a nuestro nacimiento y nuestras circunstancias, dones de este mundo. Nos ha dado los medios para adorarle y servirle, nos ha dado la razón y una cierta medida de habilidades. Nos ha dado salud, mayor o menor. No ha colocado en un cierto nivel de vida, alto o bajo. Los ha dado un cierto círculo de personas, más

grande o más chico, que dependen de nosotros, a quien les afectan nuestras palabras y acciones para bien o para mal, y deben afectar para bien. Nos ha dado las oportunidades de hacer el bien a otros. Todos estos son dones de Dios que nos da, no para malgastarlos sino para usarlos y rendir cuenta de ellos. El administrador de la parábola los malgastó y fue responsable de ello. Del mismo modo, en nuestro caso, podemos malgastarlos como hacen muchos hombres, y aún peor, podemos no sólo dilapidarlos sin saber cómo, sino emplearlos mal, usarlos realmente para ofender a Aquel que nos los ha dado. Pero sea que no hagamos nada con ellos para Dios o que continuemos usándolos para Su deshonor y contra los intereses de la verdad y la religión (y esto último es más probable que lo primero, porque no hacer

el bien es hacer el mal), de cualquier modo tendremos que responder un día por su uso.

Entonces, la parábola se aplica a todos nosotros, al tener ciertos bienes otorgados por nuestro Divino Señor, con un día en perspectiva para dar cuenta de ellos. Hubo cargos contra el administrador, y su empleador lo llamó para responder a ellos, o examinarlos, y los encontró bien fundados. Y así es algunas veces con nosotros, que nuestra conciencia, que es la voz de Dios en el alma, nos reprende poniendo ante nosotros nuestra negligencia en el deber, el descuido, la irreligiosidad, la mala vida que estamos llevando, nuestro desprecio de los mandamientos de Dios, de su gloria y de su culto, y anticipa ese juicio que está por llegar. Ahora bien, algunas veces esta autoacusación nos lleva a un verdadero arrepentimiento y cambio de vida, y alabado sea Dios por cierto de que este sea a veces el caso. Pero muy frecuentemente, en vez de volvernos al camino recto, tiene el efecto de hacer que vayamos peor que antes. Cuando el administrador encontró que no podía hacer lo que su señor tenía el derecho de exigirle, tenía tres caminos ante él además del que siguió: podría haber pagado sus deudas haciendo trabajo extra, podría haber conseguido amigos para suplir la diferencia, o podría haberse arrojado a los pies de la misericordia de su señor. Podría haber cavado o mendigado, pero rechazó ambos medios. “No puedo cavar”, dijo, “pedir me da vergüenza”. Y entonces fue a parar en un acto ulterior de deshonestidad en detrimento de su señor.

De igual modo, cuando nosotros hemos sido infieles a nuestro buen Dios y sentimos compunción por esa infidelidad, tenemos dos modos de recuperación: podemos cavar, es decir, hacer obras de penitencia, podemos cambiar vigorosamente nuestra vida, podemos luchar con nuestros malos hábitos, podemos rescatar el tiempo, esto es, podemos cavar. Pero no podemos decidirnos por este camino laborioso, porque es un sacrificio demasiado grande que está por encima de nosotros, no podemos cavar. Y en segundo lu-

gar, podemos pedir, esto es, suplicar a Dios que nos perdone y nos cambie, ir a confesar nuestro pecado y pedir la absolución, pedir oraciones a otros, las oraciones de los Santos. Pero para muchos hombres, especialmente aquellos que no son católicos, esto es más difícil aún que trabajar: “pedir nos da vergüenza”. Pedir parece que no concuerda con lo que ellos llaman la dignidad de la naturaleza humana; piensan no es viril, que es cobarde, servil, que hiere su orgullo confesarse pecadores miserables, acercarse a un sacerdote, rezar el rosario, entregarse a ciertas devociones, día tras día. Piensan que tal procedimiento los rebaja, de la misma manera que un valiente esfuerzo para sobreponerse a sí mismos está por encima de ellos. No pueden cavar y pedir les da vergüenza, y entonces intentan destruir el sentido de sus pecados por algunos medios peores que los mismos pecados: negar que existe una cosa tal como el pecado, diciendo que es una obsesión inventada por los sacerdotes, o quizás ir más lejos y decir que no hay ningún juicio futuro ni Dios arriba que ve y juzgará lo que dicen o hacen.

Tal es el arrepentimiento de los hombres del mundo cuando la conciencia les reprocha. No es una verdadera vuelta del pecado, sino una vuelta a un pecado peor: pasan a *negar* los santos mandamientos porque los han *transgredido*, justifican la pecaminosidad del pecado porque han pecado. San Pablo habla de este mal arrepentimiento, si puede llamarse así, en su segunda carta a los Corintios, cuando les dice las palabras de 2 Cor, 7, 10.¹ Tal es el estado de la humanidad como lo vemos realizado en gran escala sobre la faz de la sociedad humana en todo el mundo. Cuando ellos hacen el mal, actuando contra su conciencia y su claro deber, existe esta oposición entre lo que conocen y lo que hacen; la luz se convierte en oscuridad, y en vez de la luz dentro de ellos destruyendo su tendencia al pecado, sus

¹ Pues la tristeza según Dios, es causa de penitencia saludable de que jamás hay que arrepentirse, mientras que la tristeza según el mundo, lleva a la muerte.

pecados nublan o sofocan esa luz, y llegan a ser peores de lo que eran, porque ya eran malos.

Extraigo esta lección del evangelio de hoy. Consideremos ahora la epístola de hoy que confirma la lección, tanto para amonestarnos como para exhortarnos y fortalecernos. Está tomada de la carta de san Pablo a los Romanos y empieza así: “Hermanos, nosotros no somos deudores de la carne para vivir de una manera carnal, pues si vivís según la carne moriréis” (8, 12). Debemos ver primero qué significa la carne. A primera vista parece referirse a la naturaleza humana, pero no es ese su significado exacto. Para explicarlo iré al capítulo 40 de Isaías. En él está la gran promesa de la venida de Cristo, la predicación de su antecesor, san Juan Bautista, y los dones del Evangelio. El profeta comienza diciendo: “¡Consolad, consolad a mi pueblo!” y habla de la voz que clama en el desierto (40, 1-3). Después dice (y es el pasaje al cual me refiero especialmente): “Toda carne es hierba y toda su consistencia como la flor de los campos” (40, 6). Ahora bien, ¿no es la hierba y no son las flores del campo buenas en sí mismas? ¿No dice nuestro Señor que son más hermosas que Salomón en toda su gloria? Ciertamente. Pero ¿cuál es su defecto? Se marchitan. Nuestro Señor dice que hoy son y mañana se arrojan al fuego. Este es el caso del alma humana. Por supuesto, no puede morir como las flores del campo, pero su estado primitivo muere. Cualquier cosa que haya de bueno en ella, cualquier virtud, muere en el alma a medida que la vida continúa, como mueren las flores, como muere el cuerpo humano; y así como las flores al final (como dice nuestro Señor) son echadas al fuego, como combustible, bellas como fueron una vez, así muere mucho más la excelencia moral de un hombre según pasa el tiempo, y cuanto más vive, más duro, más frío, más desagradable, más muerto, diría, se hace a la vista de Dios.

Veremos ahora cuál es el sentido de san Pablo. Cuando habla de la carne se refiere a la naturaleza humana en su estado caído, ese en el

que él está seguro que se cae con el tiempo, según dice: “si vivís según la carne moriréis”. Si vivimos según el modo meramente natural, como el administrador injusto, perderemos pronto lo poco de bueno que tenía la naturaleza al comienzo, y nos haremos cada vez peores, a medida que pasa el tiempo, como el administrador que pasó de un pecado a otro, hasta que alcancemos un estado de muerte espiritual. Porque toda carne es hierba, y este es el principio y el final de todo; éste es el fin de todas nuestras esperanzas, de todas nuestras aspiraciones, en lo que a la naturaleza se refiere: una ruina desesperada.

Y vengo ahora a la luz que alumbra esta oscuridad, la luz que se levanta contra ella, iluminando esta grave historia; una luz por la que una lección tan dolorosa, tan deprimente, llega a ser consolación y estímulo. Bendito sea Dios, que aunque tal es el estado de naturaleza, no nos ha dejado en un mero estado natural, sino que ha venido en nuestro auxilio y nos ha llevado a un estado superior al de nuestra propia naturaleza, y ha destruido así esta confusión, esta red, esta atadura, en la que yace la humanidad. Nos ha enviado a su Hijo amado, Jesucristo, para darnos los dones de la gracia, que es un poder divino por encima de la naturaleza, lo que se llama sobrenatural, por el cual somos capaces de hacer lo que naturaleza no puede hacer por sí misma. Isaías dice “toda carne es hierba”, pero san Pedro en su primera carta (1 Pe 1, 24) recoge estas palabras y hace el feliz contraste entre naturaleza y gracia, recordándonos que por medio del poder de la gracia lo que era carne ya no es más carne, sino espíritu. Es decir, que la gracia del Espíritu Santo cambia nuestros corazones, de acuerdo a las palabras de nuestro Señor en san Juan: “Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu” (Jn 3, 6).

Este anuncio grande y bendito lo hacen una y otra vez nuestro Señor y sus Apóstoles en el Nuevo Testamento, pero permitidme que me limite a lo que nos dice san Pablo en la epístola

de hoy: “Hermanos, nosotros no somos deudores de la carne para vivir de una manera carnal”. Es decir, que no le debemos nada a la carne. ¿Qué ha hecho la carne por nosotros? No es nada más que la corrupción de nuestra naturaleza; la carne es orgullo, ira, odio, malicia, impureza, intemperancia, astucia, engaño, o como dice expresamente san Pablo mismo a los Gálatas: “Las obras de la carne son manifiestas, a saber...” (Gal 5, 19). ¿Qué le debemos, pues, a la carne? Le debemos pecado, miseria, una mala conciencia, tristeza, muerte espiritual, castigo futuro. No ha hecho nada bueno por nosotros, y no puede hacerlo, “pues si vivís según la carne moriréis”, y después de decir esto continúa con palabras magníficas para ampliar el contraste de nuestro estado, si tenemos el don del Espíritu y lo aprovechamos.

Es por este don del Espíritu, es decir, por la inmerecida gracia sobrenatural de Dios, que somos liberados de la ley del pecado y de la muerte, de la ley de la carne, que es el estado en el que hemos nacido. Esta confusión de la mente por la cual nuestras mejores facultades están impedidas de elevarse al Dios Todopoderoso, buscar su verdadero fin, cumplir con su deber, y crecer en todo bien, es una atadura, una esclavitud, y la gracia de Dios nos libera de ella para que podamos, por así decir, elevarnos sobre nuestros pies, y llegar a ser, en palabras de san Pedro, buenos administradores de los múltiples dones de Dios. Y esta gracia no solamente nos libera para que en vez de ser esclavos seamos capaces de servir a Dios, sino que hace algo más por nosotros. Sería una gran cosa que se nos permitiera ser siervos fieles de Dios, como debería haber sido el administrador injusto, pero la gracia nos hace esto y algo más: llegamos a ser no meramente siervos sino hijos de Dios. ¡Qué magnífico es este segundo privilegio! Aunque éramos esclavos del pecado y de la muerte, Él no sólo nos libera de esa esclavitud, y nos introduce en Su casa y en Su

servicio, sino que, más aún, nos adopta para ser Sus hijos. Este es un segundo don magnífico de la gracia. Pero hay un tercero: los hijos son herederos de su Padre, y de igual manera Él nos da una herencia, y una herencia muy por encima de cualquier cosa que nuestra naturaleza pueda merecer, aunque fuera perfecta: la visión futura de Él y la vida eterna. Así como el paraíso está más allá de cualquier cosa que nuestro pecado pudiese heredar, así como el pecado no puede merecer la misericordia de Dios sino simplemente el castigo, del mismo modo la naturaleza humana, aunque fuese pura y perfecta, no podría nunca merecer el cielo.

Estos son los grandes dones de Dios que hemos recibido en el estado en que hemos nacido, y que nos han hecho capaces de dar buena cuenta de nuestra administración. Él ha fortificado la naturaleza por medio de la gracia, ha superado nuestra carne mediante su ayuda sobrenatural, lo ha hecho por tres dones maravillosos: primero, nos ha hecho sus siervos fieles, cuando sin Su ayuda no podemos sino ser administradores injustos; segundo, nos hace no sólo siervos fieles sino hijos amados; y tercero, no sólo nos bendice en esta vida sino que nos promete la vida eterna, de acuerdo a lo que dice hoy san Pablo en su carta, que leeré nuevamente...

¡Qué visión se nos abre, de consuelo y de pensamiento solemne! Nada puede hacernos daño a nosotros, los hijos de Dios, mientras permanecemos en la casa de nuestro Padre. Nada puede privarnos de nuestra esperanza del cielo. Pero, por otro lado, qué poco comprendemos nuestros privilegios, qué poco entendemos las palabras de los escritores sagrados acerca de ellos. Quiera Dios iluminar nuestros ojos para ver lo que son estos privilegios: “que podáis valorar la esperanza a la que habéis sido llamados, los tesoros de gloria que encierra Su herencia entre los santos” (Ef 1, 18).●—

Catholic Sermons Unpublished, IX

Predicado en Birmingham con ocasión de la apertura del Seminario St. Bernard,
el 2 de octubre de 1873

La infidelidad del futuro

No es una ocasión común de acción de gracias al Dador de todo bien, la Cabeza Divina de la Iglesia, que haya movido al Reverendísimo Obispo de esta diócesis, para llamarnos esta mañana a venir desde nuestros distintos hogares a este lugar. Es con una alegría no común y con palabras no ordinarias de gozo y congratulaciones en sus labios, que tantos de sus sacerdotes y laicos devotos le han encontrado hoy aquí como consecuencia de su invitación. Al fin este Seminario, que ha sido su visión a lo largo de tantos años y el objeto de sus plegarias y esfuerzos, está terminado y en funcionamiento. Durante muchos años le escuché decir que no podría descansar hasta acabar, por la gracia de Dios, esta gran obra, y Dios ha oído sus oraciones perseverantes y bendecido sus esfuerzos infatigables. Debo decir con verdad que, incluso antes de que alguno de vosotros, queridos hermanos, hubieseis nacido, o por lo menos desde el tiempo en que estabais en la cuna, él, como principal Pastor de esta diócesis, cuando aún no le conocíais, estaba entregado en esa gran empresa, de la que vosotros, por la inescrutable gracia de Dios, gozáis los beneficios sin vuestro propio trabajo.²

Es ciertamente un gran acontecimiento en esta diócesis, y un gran evento, podría decir, en

la historia de los católicos ingleses, que al final se cumplan entre nosotros las prescripciones de Concilios Ecuménicos, la tradición de la Iglesia, y el deseo del Soberano Pontífice, y que el trono del Obispo esté erigido no sólo en una casa de ladrillo o piedra, sino en medio de aquellos en quienes Cristo debe ser formado por su enseñanza, para que a su vez puedan ser la edificación, la luz y la fuerza de la generación que venga después de él.

La transmisión de la verdad de generación en generación es, obviamente, la razón directa de la fundación de seminarios para la educación del clero. El cristianismo es una idea religiosa. Sobrenatural en su origen, difiere de todas las otras religiones. Así como el hombre difiere del cuadrúpedo, del pájaro o del reptil, así difiere el cristianismo de las supersticiones, herejías y filosofías que lo rodean. Tiene una teología y un sistema ético propios. Esta es su idea indestructible. ¿Cómo haremos para asegurar y perpetuar en este mundo ese don de lo alto? ¿Cómo preservaremos para el pueblo cristiano ese don tan especial, tan divino, tan fácilmente oculto o perdido entre las falsedades impresionantes de las que el mundo abunda?

Dios ha provisto lo siguiente. Cada círculo de cristianos tiene su propio sacerdote, que es el representante de la idea divina para ese círculo en sus aspectos teológicos y éticos. Él enseña a su pueblo, catequiza a sus hijos, los introduce a todos en esa forma de doctrina que es la suya. Pero la Iglesia está compuesta de *muchos* de estos círculos. ¿Cómo podemos estar seguros de que to-

2 El obispo al que Newman se refiere, y que estaba presente en esta homilía, era William Bernard Ullathorne (1806-1889), que tomó posesión de la diócesis de Birmingham, recién creada junto a las demás diócesis en toda Inglaterra con la restauración de la jerarquía católica ordenada por el papa Pío IX en 1850. Fue un gran amigo y protector de Newman hasta su muerte, sobreviviéndolo apenas un año. Bajo su episcopado de casi 40 años, levantó 67 nuevas iglesias, 32 conventos y cerca de 200 escuelas misionales. Aquí Newman predica a pedido suyo en la apertura del Seminario diocesano. Escribió varias obras de carácter teológico y espiritual.



William Bernard Ullathorne (1806-1889)

dos puedan expresar la única y misma doctrina, y que sea la doctrina de los Apóstoles? De este modo: por la regla de que sus respectivos sacerdotes han sido enseñados a su vez desde el único y mismo centro, su Padre común, el Obispo de la diócesis. Son educados en una misma escuela, es decir, en un seminario, bajo la regla, la voz y el ejemplo del único Pastor de todas aquellas comunidades y círculos de cristianos, de los cuales, en su momento, habrán de ser maestros. La doctrina católica, la moral católica, el culto y la disciplina católica, el carácter, la vida y la conducta cristiana, todo lo que es necesario para ser un

buen sacerdote, lo aprenden todos en esta escuela religiosa, que es la preparación señalada para los oficios ministeriales. Así como los jóvenes se preparan para su vocación secular con escuelas y profesores que enseñan lo que requiere dicha vocación, así como hay escuelas humanistas, escuelas comerciales, educadores para cada profesión y en las distintas artes y ciencias, así los ministros sagrados de la Iglesia se constituyen en verdaderos representantes de su Obispo cuando son nombrados a cargo del pueblo cristianos, porque vienen de un centro de educación bajo la tutela de una cabeza.

De aquí que san Ignacio, el obispo mártir de Antioquía, en el primer siglo de la Iglesia, hablando de la jerarquía eclesiástica, comparaba la unión de las órdenes sagradas con el obispo como un arpa que está bien afinada. Dice en la Carta a los Efesios: “Conviene que coincidáis con el pensamiento de vuestro obispo, como ya hacéis. En efecto, vuestro estimable colegio de ancianos, digno de Dios, está en perfecta armonía con vuestro obispo, como las cuerdas con el arpa. Así, en vuestra unanimidad y concordante caridad, es alabado Jesucristo. Y cada uno tome parte en el coro de manera que cantéis con una sola voz por medio de Jesucristo al Padre y Él oiga vuestras peticiones” (*ad Eph.*, IV).

Y si en todo tiempo esta simple unidad, este perfecto entendimiento de los miembros con la Cabeza es necesario para la labor saludable de la Iglesia, lo es especialmente en estos tiempos peligrosos. Sé que todas las épocas son peligrosas, y que en cada una hay mentes serias e inquietas, sensibles al honor de Dios y las necesidades de los hombres, que están dispuestas a pensar que no ha habido un tiempo tan peligroso como el suyo. En todas las épocas el enemigo de las almas asalta con furia a la Iglesia, que es la verdadera Madre de éstas, y por lo menos amenaza y asusta cuando falla en hacerle daño. Y todos los tiempos sufren adversidades especiales que otros no tienen. Por ello admitiré que hubo ciertos peligros específicos para los cristianos en otros tiempos,

que no existen en éste. Sin duda es así, pero aun admitiendo esto, pienso, sigo pensando que las pruebas que yacen ante nosotros son tales que espantarían y aturdirían incluso a corazones valientes como los de san Atanasio, san Gregorio I o san Gregorio VII. Y confesarían que, a pesar de lo gravemente oscuro que era el panorama de su época, el nuestro tiene una oscuridad de un tipo diferente de ningún otro que haya existido antes.

El peligro especial de nuestro tiempo es la difusión de esa plaga de infidelidad, que los Apóstoles y nuestro Señor mismo han predicho como la peor calamidad de los últimos tiempos de la Iglesia. Y al menos una sombra, una imagen típica de los últimos tiempos, está llegando sobre el mundo. No quiero presumir de decir que este sea el tiempo último, sino que ha tenido la mala prerrogativa de ser como esa época más terrible de la que se dice que los mismos elegidos estarían en peligro de perderse. Esto se aplica a todos los cristianos en el mundo, pero hablando con vosotros, queridos hermanos que estáis siendo educados para nuestro propio sacerdocio, me concierne ahora ver hasta qué punto es posible que se cumpla en este país.

1. Y en primer lugar, es evidente que, mientras los distintos grupos religiosos y sectas que nos rodean de acuerdo a la permisión de Dios, han hecho incontables daños a la causa de la verdad católica al oponerse a nosotros, también nos han hecho un gran servicio escuchándonos y amparándonos de los asaltos de aquellos que creían menos que nosotros o incluso nada. Por ejemplo, los milagros aprobados de los santos no son más maravillosos que los milagros de la Biblia. Ahora bien, la Iglesia anglicana, los wesleyanos, los disidentes, y aún los unitarios,³ han defendido los milagros de la Biblia y por ello han dado una

protección indirecta a los milagros de la historia eclesiástica. Más aún, algunos de sus teólogos han afirmado ciertos milagros eclesiásticos, como la aparición de la cruz a Constantino, el fuego subterráneo en el intento de Juliano de reconstruir el templo judío, etc.⁴ Y del mismo modo las doctrinas de la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Expiación, etc., aunque son tan extrañas a la razón como aquellas doctrinas católicas que ellos rechazan, han sido sostenidas por muchos de esos grupos con mayor o menor diferencia, y por eso no hemos sido atacados cuando las hemos enseñado. Pero en estos años, será ya mucho si estos grupos logran defender sus propios credos dogmáticos. La mayoría de ellos, casi todos, ya dan signos de que la peste está apareciendo entre ellos. Y cuando pase el tiempo, cuando venga una crisis y un punto crítico con cada uno de ellos, entonces se descubrirá que en vez de ser su posición, en cierto sentido, una defensa para nosotros, se hallará en posesión del enemigo. Por cierto, un resto puede ser fiel a la luz, como el gran grupo de los novacianos estuvo al lado de los católicos y sufrió con ellos durante la crisis arriana, pero buscaremos en vano esa salvaguarda en lo que se puede llamar la ortodoxia de estas comuniones protestantes, de las que nos hemos aprovechado hasta ahora.

2. Otra desventaja para nosotros surgirá de nuestro propio crecimiento en número e influencia en este país. La religión católica, cuando tiene vía libre, siempre será una fuerza en un país. Esto es la mera consecuencia de su origen divino. Mientras los católicos eran pocos y oprimidos con impedimentos, fueron sufridos y estaban en paz. Pero ahora que esos impedimentos ya no están y los católicos están creciendo en número, es imposible que no entren en colisión con las opiniones, los prejuicios, y las objeciones de un país protes-

3 Se trata de distintos grupos protestantes de Inglaterra.

4 Habla de la cruz que apareció en cielo con las palabras "por este signo vencerás", antes de la batalla contra Magencio que libró Constantino en 312, y que éste hizo pintar en los uniformes de los soldados. El otro ejemplo es el terremoto que echó abajo la reconstrucción del Templo de Jerusalén, que emprendió por odio a los cristianos el emperador romano Juliano, apodado 'el Apóstata' en 363.

tante, y que sin culpa de ningún lado, excepto que el país es protestante. Ninguna de las partes entenderá a la otra, y entonces las antiguas quejas históricas que este país tiene contra Roma revivirán y actuarán para nuestra desventaja. Es verdad que esta época es mucho más gentil, amable y generosa que las épocas pasadas, y que los ingleses, en su estado ordinario, no son crueles, pero pueden ser fácilmente llevados a creer que podemos abusar de su generosidad, y que fueron imprudentes al liberar a aquellos que son de hecho sus enemigos mortales. Y este sentimiento general de temor hacia nosotros puede ser tal que, aunque con muestras de razón, vuelva contra nosotros incluso a mentes generosas, de modo que, sin culpa nuestra, sino por el natural antagonismo de una religión que no puede cambiar con las nuevas políticas estatales en las cuales el mundo entero se está modelando gradualmente, nos coloque en dificultades temporales de las que hasta ahora no hemos tenido precedentes.

Y no puede negarse que precisamente ahora una calamidad semejante amenaza al mundo político. Hay muchos hombres influyentes que piensan que las cosas no están ciertamente maduras todavía en tal medida, sino que miran con ilusión el futuro, cuando uno u otro gran partido político del Estado, ante las elecciones de un nuevo Parlamento, pregonan que se proponen disminuir la influencia de los católicos y circunscribir sus privilegios. Como quiera que sea, creo que hay dos cosas claras: que seremos cada vez más objeto de desconfianza para la nación en general, y que nuestros obispos y sacerdotes serán asociados en la mente de los hombres con los actos políticos de los católicos extranjeros, y considerados como miembros de un partido extendido en todos los países, los enemigos, como se pensará, de la libertad civil y el progreso nacional. De este modo podemos sufrir inconvenientes que la

Iglesia Católica no ha padecido desde la época de Constantino.

3. Repito, cuando los católicos son un cuerpo pequeño en un país, no pueden fácilmente convertirse en un blanco para sus enemigos, pero nuestra perspectiva en estos tiempos es que seremos tantos que nuestros asuntos no podrán ser ocultados, y que al mismo tiempo estaremos tan desprotegidos que no podremos sino sufrir. Ningún cuerpo grande puede estar libre de escándalos por la mala conducta de sus miembros. En los tiempos medievales la Iglesia tenía sus cortes en las que ella investigaba y corregía lo que estaba mal, y sin que el mundo supiese mucho al respecto. Ahora el estado de cosas es exactamente al revés. Con una población capaz de leer, con periódicos baratos diarios que traen noticias de cada tribunal, grande o pequeño, a cada hogar e incluso a cada casita de campo, queda claro que estamos a merced de cualquier miembro indigno o falso hermano. Es verdad que las leyes de libelo son una gran protección para nosotros como para los demás. Pero los últimos pocos años nos han demostrado cuánto daño se nos puede hacer por simples flaquezas, más que pecados, de una o dos mentes débiles. Hay un inmenso acopio de curiosidad dirigida sobre nosotros en este país, y en gran medida una curiosidad hostil y maliciosa. Si alguna vez hubo un tiempo en que un sacerdote fuese un espectáculo para los hombres y los ángeles, ese es el tiempo que ahora se abre ante nosotros.⁵

4. Esto no es todo. Esta información general de cada clase de la sociedad, general pero superficial, es el medio de hacer circular a todo el pueblo todas las malinterpretaciones que los enemigos de la Iglesia hacen de su fe y de su enseñanza. La mayoría de las falsedades contienen algo de verdad, y por lo menos aquellas falsedades que son per-

5 Newman se refiere al texto de san Pablo: "Porque me parece que a nosotros los apóstoles nos ha presentado Dios los últimos, como a condenados a muerte, convertidos en espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres." (I Cor 4, 9)

versiones de la verdad son las más exitosas. Pero aun cuando no haya falsedad, vosotros sabéis qué extraña puede aparecer la verdad a mentes no familiarizadas con ella. Sabéis que la verdadera religión ha de estar llena de misterios, y por ello se aplica al catolicismo, más que a cualquier otra confesión y grupo de hombres en general, el proverbio de que un necio puede hacer cien preguntas que un hombre sabio no puede contestar. Es raramente posible por ello contestar preguntas u objeciones sobre un gran número de puntos de nuestra fe o de nuestra práctica, o hacerlos inteligibles o convincentes. De aquí que la popular antipatía al catolicismo parece, y parecerá cada vez más, estar basad sobre la razón, o el sentido común, de modo que, primero el cargo que les parecerá verdadero a todas las clases de hombres es que la Iglesia sofoca la razón humana, y segundo, que como es imposible que hombres educados como los sacerdotes crean lo que es tan opuesto a la razón, deben ser hipócritas que profesan lo rechazan en sus corazones.

5. Tengo algo más que decir sobre este tema. Existen, después de todo, dificultades reales en la Religión Revelada. Hay preguntas que para contestarlas sólo podemos decir “no lo sé”. Hay argumentos que no pueden satisfacer por la naturaleza del caso, porque nuestras mentes, que pueden comprender fácilmente las objeciones, no son capaces en su estado actual de recibir la verdadera respuesta. Más aún, el lenguaje humano quizá no tiene palabras para expresarla. O incluso, quizá la respuesta correcta es posible, y está en vuestros libros de teología, y la conocéis, pero las cosas parecen muy diferentes en lo abstracto y en lo concreto. Entráis en el mundo y os tropezáis con el objetor e inquisidor vivo, y encontráis vuestra respuesta como esparcida a los vientos. La objeción os llega ahora con la fuerza de un expositor viviente, recomendada por la seriedad y la sinceridad con que la sostiene, con su simple convicción de su fuerza y acompañada de todas las probabilidades colaterales o antecedentes que él acumula a su alrededor. No estáis preparados pues su objeción es parte de un siste-

ma de pensamiento, donde cada parte del mismo tiene un camino y apoya a los demás. Y él apelará cierto número de hombre, amigos y otros, que están de acuerdo con él, y cada uno de éstos recurrirá a él y al resto, con el resultado de que la visión y los argumentos católicos simplemente no pueden sostenerse. Quizá el pequeño efecto que podáis producir con los argumentos que se os han enseñado es tal que quedaréis descorazonados y abatidos.

6. Estoy hablando de males que en su intensidad y amplitud son peculiares de estos tiempos. Pero no he hablado todavía de la raíz de estas falsedades, la raíz que siempre ha estado, pero oculta, y que en esta época se halla expuesta a la vista y manifestada sin recato. Me refiero al espíritu mismo de infidelidad al que comencé por señalar como el gran mal de nuestros tiempos, aunque, por supuesto, cuando hablé de la fuerza práctica de las objeciones al cristianismo que constantemente oímos y oiremos, mostré que es de este espíritu de donde obtienen su aceptación. La proposición elemental de esta nueva filosofía tan amenazante ahora es esta: que en todas las cosas debemos guiarnos por la razón, en nada por la fe, que las cosas son conocidas y deben ser aceptadas en tanto y en cuanto se puedan probar. Sus defensores dicen que si todo otro conocimiento tiene su comprobación, ¿por qué la religión va a ser una excepción? Y el modo de probar es avanzar de lo que conocemos a lo que no conocemos, de los hechos sensibles y tangibles a conclusiones sólidas. El mundo siguió el camino de la fe respecto a la naturaleza física, y ¿qué ocurrió? Porque hasta hace trescientos años ellos creyeron por la tradición, que los cuerpos celestes estaban fijos en sólidas esferas cristalinas que se movían alrededor de la tierra en el curso de veinticuatro horas. ¿Por qué ese método que ha sido tan útil en física no habría de servir para los conocimientos superiores que el mundo ha creído obtenerlos por revelación?

No hay revelación de lo alto. No hay ejercicio de la fe. Ver y probar es la única base para creer.

Y continúan diciendo que como la prueba admite grados, difícilmente puede haber una demostración, excepto en las matemáticas, que nunca podemos tener conocimiento simple, y que las verdades son sólo probables. De manera que la fe es un error por dos razones. Primero, porque usurpa el lugar de la razón, y segundo porque implica un asentimiento absoluto a las doctrinas, es dogmática, y por tanto ese asentimiento absoluto es irracional. Como consecuencia, encontraréis, ciertamente en el futuro, pero más *incluso ahora, incluso ahora*, que los escritores y pensadores del momento ni siquiera creen que exista un Dios. No creen en el *objeto*, un Dios personal, una Providencia y un Gobernador moral, y lo que creen, esto es, que hay alguna causa primera u otra, no lo creen por la fe, absolutamente, sino como una probabilidad.

Diréis que sus teorías ya han estado en el mundo y no son cosa nueva. No. Las han mantenido individuos, pero no han sido ideas vulgares y populares. El cristianismo no ha tenido nunca experiencia de un mundo simplemente irreligioso. Quizá China pueda ser una excepción. No conocemos suficiente acerca de ello para hablar, pero considerad lo que el mundo de Roma y Grecia fue cuando apareció el cristianismo. Estaba lleno de superstición, no de infidelidad. Había mucha incredulidad en todo lo referente a su mitología, y en todos los hombres educados, en cuanto al castigo eterno. Pero no había abandono de la idea de religión, y de poderes invisibles que gobernaban el mundo. Cuando hablaban de destino, aún aquí consideraban que había un gran gobierno moral del mundo conducido por leyes fatales. Sus primeros principios eran los mismos que los nuestros. Incluso entre los escépticos de Atenas, san Pablo pudo apelar al Dios desconocido.⁶ Incluso con el populacho ignorante de Listra pudo hablar del Dios viviente que les daba bienes desde el cielo.⁷ Y así también cuan-

do los bárbaros del norte bajaron en una época posterior, ellos, entre todas las supersticiones, creían en una Providencia invisible y en la ley moral. Pero ahora estamos llegando a un tiempo en que el mundo no reconoce nuestros primeros principios. Por supuesto, no niego que, como en el revuelto reino de Israel, habrá un resto. La historia de Elías es aquí un gran consuelo para nosotros, porque le fue dicho desde el cielo que incluso en ese tiempo de apostasía idolátrica había siete mil hombres que no habían doblado sus rodillas ante Baal.⁸ Mucho más puede esperarse ahora, cuando nuestro Señor ha venido y el Evangelio ha sido predicado al mundo entero, que habrá un resto que pertenece al alma de la Iglesia, aunque sus ojos no están abiertos para reconocer a aquella es su verdadera Madre. Pero hablo primero del mundo educado, científico, literario, político, profesional, artístico, y luego de la masa de la población ciudadana, las dos grandes clases de las que depende el destino de Inglaterra: la Inglaterra que piensa y habla y la Inglaterra que actúa. Hermanos míos, estáis entrando a un mundo, si las apariencias no engañan, al que nunca antes han entrado los sacerdotes, y en la medida en que entréis así iréis delante de vuestros rebaños, que pueden estar en gran peligro bajo la influencia de la epidemia dominante.

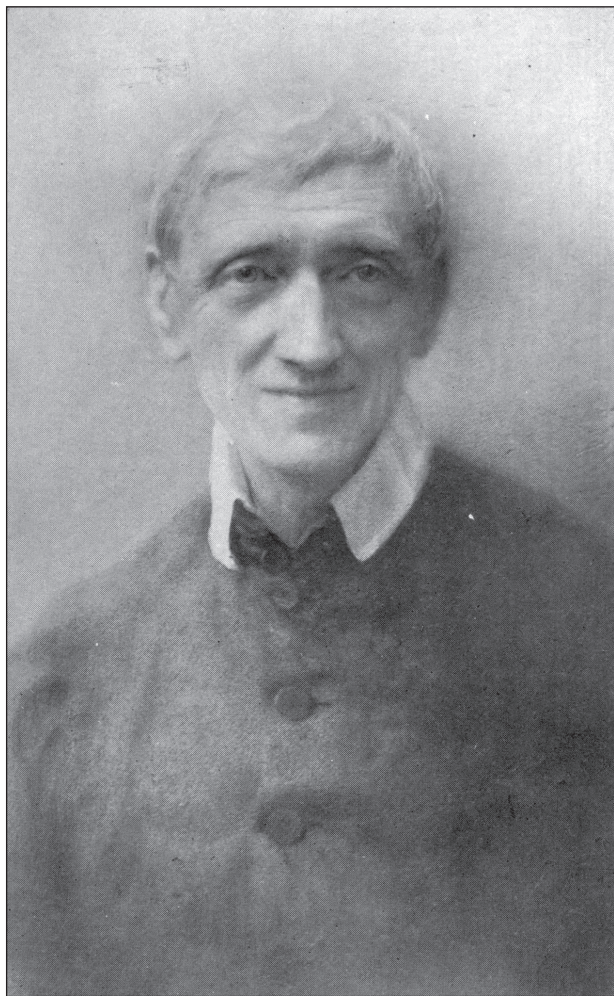
Que la disciplina de un seminario es justo la adecuada para encontrarse con el presente estado de cosas, no voy a intentar sugerirlo a vosotros ahora, pues tenéis muchos más consejeros autorizados y mucho mejores, pero permítaseme deducir de lo que he dicho las conclusiones que parecen destacarse.

1. Un seminario es la única garantía verdadera para la creación del espíritu eclesiástico. Y esta es la primaria y verdadera arma para enfrentar la época, no la controversia. Por supues-

6 Cf. Hechos 17, 22-34.

7 Cf. Hechos 14, 15-17.

8 Cf. I Reyes, 19, 18.



John H. Newman, por Jane Fortescue Seymour, c.1874-1876.

to, cada católico debería tener una apreciación inteligente de su religión, como dice san Pedro, pero aun así la controversia no es el instrumento por el cual el mundo debe ser resistido y vencido. Y esto lo veremos si estudiamos esa carta, que llega con autoridad propia, al ser puesta por el Espíritu Santo en la boca de aquel que era el jefe de los Apóstoles. Lo que dice para todos los cristianos es especialmente adecuado para los sacerdotes. Ciertamente él la escribió en un tiempo en que los deberes de unos y otros, en cuanto a estar contra el mundo pagano, eran los mismos. En primer lugar les recuerda lo que realmente *eran*

como cristianos, y por cierto deberíamos tomar estas palabras como perteneciendo especialmente a nosotros, eclesiásticos. “Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido...” (1 Pe, 2.9).

En este espíritu eclesiástico, no voy a mencionar más que un espíritu de seriedad y recogimiento. Debemos obtener el hábito de sentir que estamos en la presencia de Dios, que Él ve lo que estamos haciendo, y de gustar que Él haga eso, de amar saberlo, de gozar en la reflexión “Tú, Dios, me ves”. Un sacerdote que siente esto profundamente nunca tendrá una conducta impropia en una sociedad variada. Le guardará de una excesiva familiaridad con cualquiera de sus gentes; le preservará de demasiadas palabras, de hablar sin prudencia o sin sabiduría; le enseñará a gobernar sus pensamientos. Será un principio de separación entre él y su propio pueblo, porque quien está acostumbrado a descansar en el Dios Invisible, nunca será capaz realmente de atarse a cualquiera de Sus creaturas. Y de este modo, se creará una elevación de la mente, que es la verdadera arma que debe usar contra la infidelidad del mundo. (Aquí lo que dice san Pedro, I, 2, 12.15; 3, 16). Esta es la verdadera arma con la cual debe afrontarse la infidelidad del futuro.

2. Y luego, muy importante en la misma lucha, y aquí veréis cómo está conectado con un Seminario, es necesario un sólido, preciso y completo, conocimiento de la teología católica. Esta, aunque no es controversial, es la mejor arma (después de una vida buena) *en* la controversia. Cualquier niño bien instruido en el catecismo es, sin pretenderlo, un real misionero. ¿Y por qué? Porque el mundo está lleno de dudas e incertidumbre, y de doctrina inconsistente. Una clara idea consistente de la verdad revelada, por el contrario, no puede hallarse fuera de la Iglesia Católica. Consistencia, integridad, es un argumento persuasivo para que un sistema sea verdadero. Ciertamente si es inconsistente, no es verdad.●—

The Letters and Diaries of Joh Henry Newman.
 Vol. XXVII . Enero 1874-diciembre 1975.
 Ed. Birmingham Oratory
 With Notes by Charles Stephen Dessain and Thomas Gornall SJ,
 Oxford University Press, London, 1975, pags. 352-353; 357-358.

Sobre la enseñanza de la religión y la moral según la doctrina de la Tradición (credo y catecismo)

TRADUCIDAS POR **INÉS DE CASSAGNE**

A un corresponsal desconocido

El Oratorio, septiembre 1875.

Estimado Señor:

Espero que no piense de mí que soy irrespetuoso si le digo que ya he escrito tanto sobre el tema sobre el cual usted me ha llamado la atención, que me cansa escribir todavía más.

No estoy afirmando que “la doctrina de la Tradición” sea “en sí misma evidente en cuanto es establecida”. Lo que es evidente es que todos somos encaminados por la tradición; tanto los protestantes como los católicos ¿cómo les enseñan a sus hijos las verdades del Cristianismo? Únicamente se apartan de la tradición los que, en lugar de mandarlos a escuelas con una denominación religiosa determinada, adoptan el plan común. Toda educación es un proceso de tradición.

Por tanto, nunca dije en la Apología más que esto sobre la Tradición, como un acto evidente de por sí: que la Tradición es, de hecho, aquello en que en última instancia se apoya la opinión religiosa –pero que pueden haber tradiciones verdaderas o falsas; y eso no es, ni puede ser para nada “de por sí evidente”. He escrito un volumen íntegro (‘Posición de los Católicos en Inglaterra’) para mostrar que el odio inglés hacia los católicos es meramente una tradición, en este caso, una tradición no verdadera.

Lo que he dicho, evidente en sí, es que “el texto sagrado nunca tuvo por intención enseñar doctrina”, y que si queremos enseñar doctrina, hemos de recurrir a los formularios de la Iglesia, por ejemplo el Catecismo y los Credos. (Apo. p.9). ¿No es suficientemente claro? ¿Por qué, si no, la gran masa de hombres religiosos en Inglaterra mantienen la causa de la “denominación” en educación? ¿por qué las escuelas Wesleyanas dan como resultado de su proceso alumnos wesleyanos, y las Congregacionalistas dan jóvenes congregacionalistas, y la Iglesia de Inglaterra da episcopalianos? Si la Biblia sola enseña la doctrina con claridad, ¿por qué de entre sus lectores algunos salen trinitarios, otros unitarios y otros calvinistas? ¿Por qué no todos los lectores de la Biblia están al menos de acuerdo en lo fundamental? ¿por qué no? Desconozco lo que “significa” decir que la Escritura está adaptada y orientada a enseñar la verdad de la Revelación, si de hecho no produce esto.

Tan claro me resulta esto para mí como para usted sorprendente, que temo insistir en ello, a menos que la evidencia de por sí llegando a determinadas mentes, que al principio dudaban sobre el asunto, las fuerce en la mala dirección, y los haga tomar con indiferentismo y escepticismo, en lugar de conducirlos a la Iglesia Católica.

Sinceramente a su disposición, John H. Newman

Al mismo corresponsal, siguiendo con la cuestión:

EL Oratorio, 19 de septiembre 1875

Estimado Señor:

Cuando digo “tradición” no quiero decir deducción; y quiero decir que los protestantes, por más que ellos profesan deducir desde la Escritura, en realidad no lo hacen, sino colorean su sentido del texto escriturístico de acuerdo con sus puntos de vista previos, que han obtenido por lo aprendido previamente en la Escuela. El actual plantel de profesores no ha obtenido sus puntos de vista a partir de un cuidadoso examen del sagrado texto, sino enseña lo que a su vez a ellos le han enseñado, y los que les enseñaron a su vez fueron enseñados por sus propios catequistas, ministros y maestros, y éstos así igualmente por la anterior generación, y yendo hacia atrás hasta la Reforma.

No quiero decir que no haya quien examine la Escritura por sí mismo, sino estoy hablando de la masa de protestantes – y hasta de aquellos que examinan hasta al máximo de lo que pueden, sin embargo no pueden escapar el sesgo de aquellas impresiones que les vienen dadas por sus padres, asociaciones, etc. desde cuando eran jóvenes.

Por ejemplo, cuando la Escritura dice “El que come mi carne etc...” (Juan VI), ellos dicen: “esto es una figura del habla, etc.; todas las personas sensibles han estado de acuerdo sobre ello –esto es, todos los protestantes. La Escritura dice: “La Iglesia, pilar y base de la Verdad”, y ellos dicen “esto significa: los Apóstoles y quienes estaban en su entorno”. La Escritura dice: “unge al enfermo con óleo en el nombre del Señor”, y ellos dicen: “esto fue un rito pasajero”. ¿Quién les dijo todo esto?, a lo cual ellos contestarán: “Esto se apoya en la razón –lo cual significa (en la mayoría de los casos): “Nunca oí ninguna otra interpretación” –y cualquier otra me suena a extraña–”; por cierto, cada cosa resulta extraña a quien no está acostumbrado a ella. Etcétera.

Usted compara la Biblia con la constitución del hombre –una y otra admiten ser pervertidas. Admito de buen grado la ilustración. ¿Acaso no tratamos, mediante una apropiada disciplina, mediante esperanza y temor, premio y castigo, mediante entrenamiento y oración, de así ir formando en la verdadera dirección a la naturaleza humana? No permitimos que los chicos se queden salvajes. Qué entrenamiento corresponde a la naturaleza moral, esto es una tradición para los lectores de la Escritura. Ciertamente, puede haber una recta tradición, y una tradición equivocada, tal como hay un verdadero entrenamiento moral, y otro mundano, egoísta, o de hecho inicuo, para maldecir, y jurar y robar –pero queda en pie que tanto los católicos como los protestantes enseñan religión por medio de una tradición, por más que los protestantes no lleguen a reconocerlo. Yo bien sé que los “protestantes siempre insistirían” –como usted dice, “que la Biblia y sólo la Biblia es la fuente última de todas esas deducciones instiladas en la mente del niño. Pero su insistencia no prueba el hecho –Los razonamientos con los que un [protestante] enseña a un niño son tradicionales e “instilados”– tal como usted dice con razón.

Disculpe lo abrupto de esta carta, y crea en mi sincero saludo,

John H. Newman

En el mes de octubre, mes del rosario

Tomado de *Meditations and Devotions*

Letanías

Letanía de los siete dolores de la Santísima Virgen

Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Cristo, ten misericordia
Cristo, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Cristo, óyenos
Cristo, óyenos bondadosamente

(Ahora respondemos: *Ten misericordia de nosotros*)

Dios Padre Celestial
Dios Hijo, Redentor del mundo
Dios Espíritu Santo
Trinidad Santísima, un solo Dios
Madre de dolores
Madre, cuya alma fue traspasada por la espada
Madre, que huiste con Jesús a Egipto
Madre, que le buscaste afligida durante tres días
Madre, que le viste azotado y coronado de espinas
Madre, que estuviste junto a Él mientras colgaba de la cruz
Madre, que le recibiste en tus brazos cuando estaba muerto
Madre, que le viste sepultar en la tumba

(Ahora respondemos: *Ruega por nosotros*)

María, Reina de los Mártires
María, consuelo de los afligidos
María, esperanza de los débiles
María, fuerza de los temerosos
María, luz de los abatidos
María, madre lactante de los enfermos
María, refugio de los pecadores
Por la amarga pasión de tu Hijo

Por la desgarradora angustia de tu corazón
Por tu pesada carga de aflicción
Por tu tristeza y desolación
Por tu maternal piedad
Por tu perfecta resignación
Por tus meritorias oraciones

(Ahora respondemos: *Sálvanos por tus plegarias*)

De la tristeza inmoderada
De un espíritu cobarde
De un temperamento impaciente
De la displicencia y el descontento
Del mal humor y la melancolía
De la desesperación y la incredulidad
De la impenitencia final

(Ahora respondemos: *Te suplicamos, óyenos*)

Nosotros pecadores,
Presérvanos de la muerte súbita
Enséñanos cómo morir
Socórrenos en nuestra última agonía
Guárdanos del enemigo
Llévanos a un final feliz
Alcánzanos el don de la perseverancia
Ayúdanos ante la sede del juicio
Madre de Dios
Madre dolorosísima
Madre desoladísima

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Perdónanos, Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Escúchanos bondadosamente, Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Ten misericordia de nosotros

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos bondadosamente

Señor, ten misericordia

Cristo, ten misericordia

Señor, ten misericordia

Socórrenos, Santísima Virgen María

En todo tiempo y en todo lugar

Oremos

Señor Jesucristo, Dios y hombre, concédenos, Te pedimos, que María, Tu querida Madre, cuya alma fue traspasada por la espada en la hora de Tu pasión, pueda interceder por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte, por Tus propios méritos, Salvador del mundo, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Letanía del Inmaculado Corazón de María

Señor, ten misericordia

Señor, ten misericordia

Cristo, ten misericordia

Cristo, ten misericordia

Señor, ten misericordia

Señor, ten misericordia

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos bondadosamente

(Ahora respondemos: *Ten misericordia de nosotros*)

Dios Padre Celestial

Dios Hijo, Redentor del mundo.

Dios Espíritu Santo.

Trinidad Santísima, un solo Dios.

(Ahora respondemos: *Ruega por nosotros*)

Corazón de María

Corazón, tras el propio Corazón de Dios

Corazón, en unión con el Corazón de Jesús

Corazón, vaso del Espíritu Santo

Corazón de María, santuario de la Trinidad

Corazón de María, hogar del Verbo

Corazón de María, inmaculado desde tu creación

Corazón de María, inundado de gracia

Corazón de María, bendito entre todos los corazones

Corazón de María, trono de gloria

Corazón de María, abismo de humildad

Corazón de María, víctima de amor

Corazón de María, clavado a la cruz

Corazón de María, consuelo de los tristes

Corazón de María, refugio de los pecadores

Corazón de María, esperanza de los moribundos

Corazón de María, sede de misericordia

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Perdónanos, Señor

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Escúchanos bondadosamente, Señor

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Ten misericordia de nosotros

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos bondadosamente

Señor, ten misericordia

Cristo, ten misericordia

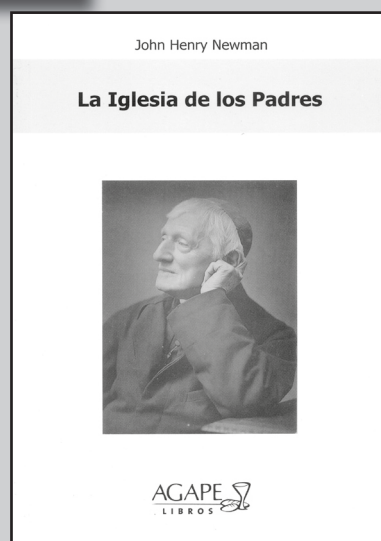
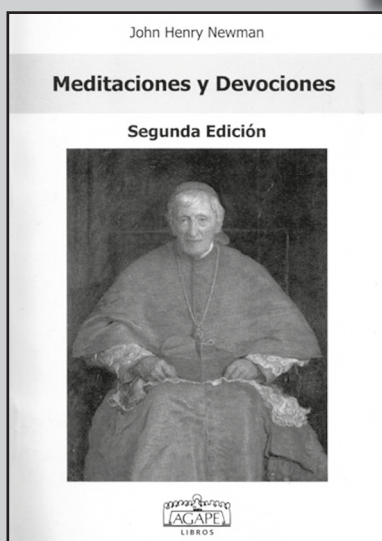
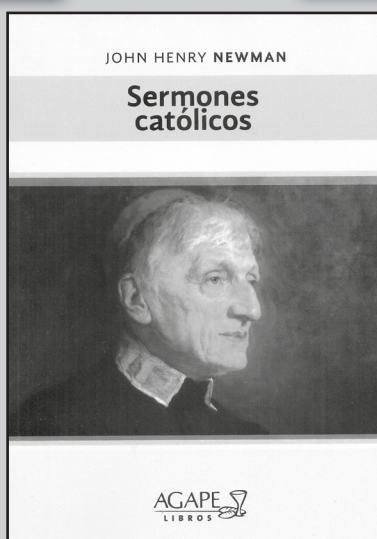
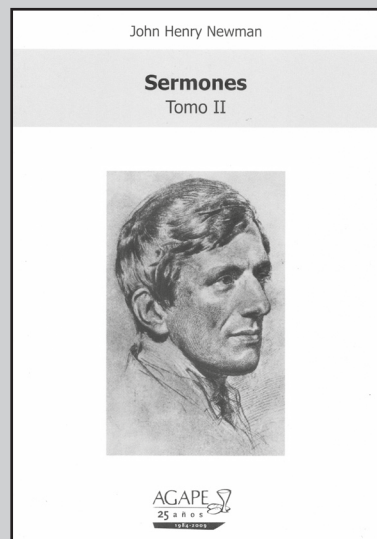
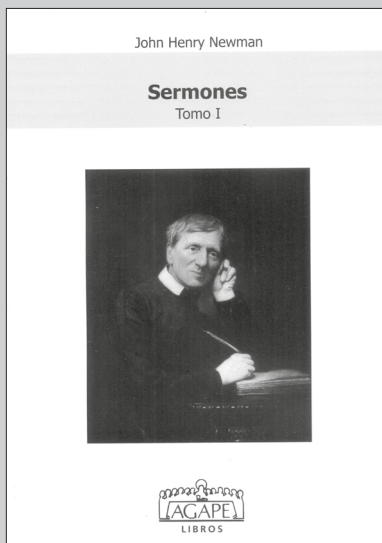
Señor, ten misericordia

V. María Inmaculada, mansa y humilde corazón

R. *Conforma nuestros corazones al corazón de Jesús*

Oremos

Dios misericordiosísimo, que para salvación de los pecadores y refugio de los miserables has hecho el Corazón Inmaculado de María semejante en ternura y piedad al Corazón de Jesús, concédenos que nosotros, que ahora conmemoramos su dulce y amante corazón, podamos por sus méritos e intercesión vivir siempre en la compañía de los Corazones de la Madre y del Hijo, por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.



¿Qué otra cosa necesitamos sino fe en nuestra Iglesia? Con fe podemos hacer todo, sin fe, nada. Si tenemos una duda secreta acerca de ella, todo está perdido, perdemos nuestro ánimo, nuestro poder, nuestra posición, nuestra esperanza. Un frío abatimiento y enfermedad de mente, una tacañería y displicencia de espíritu, una cobardía y una pereza, nos envuelve, nos penetra, nos sofoca. Que no sea así con nosotros. Seamos de buen corazón, aceptemos la Iglesia como el don de Dios y nuestra dote.

Sermons bearing on subjects of the day, XXIV, 1841

